



Emigración véneta en México: un caso de estudio entre historia y mito

Eduardo Montagner Anguiano*

Abstract

The author presents some data on Chipilo's ethnolinguistic origin, illustrates the formation of a specific koiné and points out the cultural reductionism here called "segusinization". Using a philosophical-anthropological model, he wonders about the dynamics that have allowed the Venetian language to preserve itself with its own characteristics in Chipilo as part of the European agricultural colonization project in Mexico.

Keywords: Chipilo, Venetian emigration, linguistic conservation, koiné, colonization

El autor presenta algunos datos sobre el origen etnolingüístico de Chipilo, ilustra la formación de una koiné específica y señala el reduccionismo cultural aquí llamado "segusinización". Utilizando un modelo filosófico-antropológico, se pregunta sobre las dinámicas que han permitido que la lengua véneta se conserve con características propias en Chipilo como parte del proyecto de colonización agrícola europea en México.

Palabras clave: Chipilo, emigración véneta, conservación lingüística, koiné, colonización

L'autore presenta alcuni dati sull'origine etnolinguistica di Chipilo, illustra il formarsi di una specifica *koinè* e segnala il riduzionismo culturale qui chiamato "segusinizzazione". Utilizzando un modello filosofico-antropologico si interroga sulle dinamiche che hanno permesso alla parlata veneta di conservarsi con caratteristiche sue proprie a Chipilo nell'ambito del progetto di colonizzazione agricola europea in Messico.

Parole chiave: Chipilo, emigrazione veneta, conservazione linguistica, koinè, colonizzazione

Introducción

Resulta asombroso que a 140 años de la fundación de la colonia Fernández Leal, luego Francisco Javier Mina, para ser hoy la junta auxiliar Chipilo de Francisco Javier Mina – aunque siempre conocida como Chipilo, sin lograr aún su anhelo de convertirse en municipio autónomo –, aparezcan los números y procedencias de sus fundadores. En especial cuando se han producido tantos materiales sobre esta comunidad ubicada en la provincia de Puebla, México, y cuya característica primordial es haber conservado su lengua véneta, portadora de un halo de enigma por lo que sugiere su supervivencia y que, como veremos más adelante, bien podría tratarse del *uterotopo* propuesto por Sloterdijk¹.

* Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (México); e-mail: eduardomontagner@yahoo.com.mx.

¹ Ya en una anterior ocasión el autor tuvo oportunidad de aludir el *uterotopo* sloterdijkiano en cuanto a este tema (Montagner Anguiano, 2018). Aquí se desarrollará a profundidad.



Este artículo expondrá el número y procedencia de los vénéto llegados a México en el periodo 1881-1882 en el proyecto federal de colonización con agricultores europeos realizado durante el porfiriato; se centrará específicamente en los únicos colonos que conservaron su identidad y lengua étnica a fin de ilustrar mejor la dinámica que formó la koiné² vénéto-chipileña; se repararán similitudes y diferencias histórico-culturales con las otras cinco colonias fundadas en el mismo periodo para tratar de entender por qué se produjo tal fenómeno; además de exponer el mito que aquí proponemos llamar «segusinización de Chipilo» por considerar que ello provoca un reduccionismo que impide comprender abarcadoramente su cultura³.

1. Metodología y aportaciones del autor

Importante señalar que este escrito es un *work in progress* que comenzó de modo informal al menos desde el año 2000 por la necesidad de ambientar la novela *Al prim*, incluida en el volumen *Ancora fon ora*⁴, publicado en 2011. Pese a que el autor supo desde antes del 2000 que la versión de un Chipilo fundado sólo por gente del municipio trevisano de Segusino era una falsedad del alcalde en turno durante los festejos de la hermandad o *gemellaggio* con Chipilo en 1982, cuando el autor visitó los pueblos de origen en 2009 y 2010, ya aparece su interés por desmitificar tal versión en una publicación local italiana de esa época (Montagner Anguiano, 2010).

En ocasiones no se reportarán citas concretas de archivos debido a que fueron revisados antes de concebir la intención de escribir un estudio sobre ello; asimismo, a dificultades tales como el escaso tiempo de revisión permitido por los encargados de las fuentes archivísticas, donde sólo se tomaron apuntes a mano sin fechar, pero todos los archivos consultados se muestran en las referencias bibliográficas.

El interés del que nace este escrito ha tenido que rastrearse para el presente texto y podría fecharse el 23 de abril de 2014, día en que fueron descargados y guardados⁵ los primeros documentos relativos a los inmigrantes que el autor iba descubriendo en los

² Parece que el primero en usar el término *lingua koiné* para la variedad de Chipilo fue el lingüista Giovanni Meo Zilio (1987), si bien basándose en los estudios de Mario Sartor y Flavia Ursini (1983).

³ El autor agradece a Magdalena Morales Luis, licenciada en lingüística y literatura hispánica, por su corrección de estilo; asimismo, a la doctora Sheng-Li Chilián por su ayuda en la presentación de los datos y porcentajes.

⁴ Se trata del primer y, hasta hoy, único libro completo en vénéto chipileño, escrito con la castellanización gráfica que el autor propuso para la grafización de esta variedad desde la tesis de licenciatura coescrita con Ana María González Hernández (Montagner Anguiano, 2006).

⁵ Se ha establecido la fecha de la primera consulta registrada con base en el día en que fueron descargados y guardados por el autor los primeros documentos de cada archivo. Por tal motivo, salvo excepciones, en vez de indicar *consultado el* se marcará *consultado desde* por tratarse de un trabajo en proceso. En el caso de los archivos de las provincias de Treviso y Belluno no se proporcionan nombres de los municipios consultados por ser los más numerosos, varios incluso revisados sin resultado alguno para esta investigación. Aquellos donde se encontró información se nombran en la parte de los municipios de origen de los fundadores.



fondos archivísticos disponibles *online* en la página FamilySearch⁶, sobre todo los municipios pertenecientes a la provincia de Treviso; luego se añadirían otras fuentes en la red, como el de la provincia de Belluno, sin olvidar los archivos mexicanos y los obligatorios correos electrónicos enviados a municipios y parroquias, mismos que no siempre encontraron respuesta.

La búsqueda fue por demás ardua, pues hay que agregar que, debido a la incesante demanda de ciudadanías italianas, los municipios y parroquias no confiaban siempre en la honestidad de la investigación pues, según confiaron algunos encargados de archivos tiempo después, se llegó a pensar que el autor mentía en sus intenciones al preguntar por más de una familia (y ninguna era la suya); en ocasiones incluso en busca de datos pertenecientes a familias que permanecieron en la colonia sólo unos meses o ya extintas. Aportar la página de la Wikipedia que alguien dedicó a este autor en lengua italiana al final del correo no siempre servía para abrirse puertas. De modo que, a fin de conseguir datos y sortear estas dificultades, se solicitó solamente la información escrita en el cuerpo del mensaje del correo sin actas certificadas.

En cuanto al conteo de los vénetos llegados a México con el proyecto colonizador porfirista, el de las listas pertenecientes al actual Chipilo y demás colonias, fue realizado del modo más artesanal que se pueda imaginar: a mano, sumando a otros que ni siquiera son enlistados de manera formal pero fueron hallados en documentos mexicanos a lo largo de la investigación.

Importante también aclarar que, si bien Chipilo no es único en cuanto a conservación lingüística de una lengua étnica, minoritaria, tampoco son comunes estos casos (Sartor, Ursini, 1983); además, su especificidad radica, como veremos, en la escasa cantidad de hablantes que perpetuó tal fenómeno por más de un siglo en un espacio geográfico tan compacto: no más de 500 individuos durante los dieciocho años que comprende el estudio de los colonos fundadores en la primera etapa del enclave. Lo anterior, además, en una nación que no es conocida, como otras en Latinoamérica, por su emigración italiana: una nación que se relaciona contradictoriamente con sus etnias y lenguas autóctonas (idealizadas pero al mismo tiempo rezagadas socioeconómicamente) y con sus propios emigrantes (celebrando que el mexicano conserve su identidad en el extranjero y condenando que la olvide pero recriminando al extranjero que mantiene la suya en México), y puede afirmarse que nula relación con sus pocas etnias alóctonas y sus elementos culturales, donde pareciera que lo único real es el mestizo hispanohablante, figura que sirvió para unificar a la nación.

El Instituto nacional de lenguas indígenas (Inali) mencionó al véneto chipileño en 2008 sólo para excluirlo.

Además de las lenguas indoamericanas, esta diversidad incluye otras tantas lenguas de diferentes orígenes, según se puede observar de distintas fuentes [...] Sin embargo, de acuerdo con la *ley general de derechos lingüísticos de los pueblos indígenas*, que hace referencia a los pueblos

⁶ Aunque un anterior sondeo, hecho con sorpresa y cierta premura por saber, fue realizado en la página Archivio di Stato di Treviso – desde hace tiempo y hasta hoy sin funcionar – y fueron copiados a mano sin anotar la fecha de consulta.



originarios o indoamericanos, al origen histórico y a los territorios de éstos; y en consonancia con el artículo 4º. constitucional que refiere el origen histórico de la nación mexicana, el presente *Catálogo de las lenguas indígenas nacionales* ha concentrado su atención en las variantes lingüísticas correspondientes a las agrupaciones y familias lingüísticas de los pueblos indoamericanos. En consecuencia, no se relacionan aquí lenguas, agrupaciones o variantes lingüísticas habladas por distintos sectores de la población nacional, como el plautdietsch (también conocido como plattdeutsch o plattdüütsch) de los menonitas; el véneto de los descendientes de los italianos radicados en Chipilo, Puebla, entre otras, en razón de que ni el origen, la historia o la situación actual de ninguna de ellas las adscribe a los pueblos indoamericanos (Inali, 2008: sp).

La reconocida lingüista mexicana Yásnaya Aguilar sí mencionó etnias alóctonas y sus lenguas en una conferencia, pero hasta el momento no se ha conseguido nada a fin de que nuestra lengua sea reconocida como patrimonio intangible a nivel nacional ni estatal.

Luego de señalar que México ocupa un lugar muy importante en el mundo por su gran diversidad lingüística, en donde se hablan 68 lenguas provenientes de 11 familias lingüísticas, la conferencista indicó que hay otras lenguas que también se hablan en el País como el véneto que se habla en Chipilo, Puebla; el plautdietsch de los menonitas en el Norte del País y el romaní de la comunidad gitana (Pérez Valencia, 2019: sp).

Por último, se aclara que son propuestas del autor los términos “segusinización”, “val’quiriquización”; considerar el periodo de 35 años durante el cual los fundadores carecieron de títulos de propiedad como otro posible elemento para la conservación de la lengua véneta en Chipilo, el enfoque sloterdijkiano y la aplicación del *síndrome de Ulises* propuesto por Achotegui para comprender por qué ocurrió este fenómeno de conservación lingüística.

Comoquiera que sea, este estudio debe considerarse germinal y perfectible ante hallazgos futuros.

2. Las colonias fundadas en 1881-1882 y el proyecto federal de colonización

Necesaria una aclaración: aunque haré un análisis comparativo entre Chipilo y demás colonias fundadas. Mi estudio se centra en los inmigrantes de etnia véneta por la conservación, ocurrida solamente ahí, de su lengua, que es el aspecto más sobresaliente pero no el único. En una etnia minoritaria de inmigración la lengua se vuelve símbolo de una identidad (Ursini, 1987), de usos y costumbres, tradiciones, incluso de mitos, supersticiones y tabúes que en las otras colonias fundadas también se han perdido.

La única o al menos fundamental razón para la llegada de emigrantes italianos a México entre 1881 y 1882 fue el proyecto federal de colonización ideado por el presidente Porfirio Díaz y realizado por Manuel González. Sin tal causa, ningún campesino italiano habría emigrado, por pobre que fuese. Este proyecto se basó en la *ley general sobre colonización* promulgada el 31 de mayo de 1875 (Sartor, Ursini, 1983) por el presidente Lerdo de Tejada. De Vos (1995) no se centra en las seis colonias



italianas que nos ocupan, como casi en todos los estudios que se realizan sobre este tema, sino que investiga el fenómeno de 1821 a 1910, calificando la colonización como un pretexto para el acaparamiento de tierras baldías en México en una legislación llamada por él «de graves consecuencias», pues da cuenta de la enorme corrupción, abusos e intereses económicos que merodearon siempre la intención del gobierno mexicano de

fomentar la ocupación de las regiones escasamente pobladas del País por colonos mexicanos y extranjeros. Entre estos últimos la preferencia se inclinaba hacia los inmigrantes europeos, porque se esperaba que con ellos se elevaría el nivel cultural de los indígenas y se establecerían nuevas industrias (De Vos, 1995: 227).

Para De Vos, entonces, la colonización que provocó la fundación de estas seis colonias, a las que sólo alude sin profundizar en ellas, fue un mero pretexto que escondía otros fines más ambiciosos, pues los colonos no sólo fueron italianos: también hubo extranjeros de otras nacionalidades y mexicanos. De hecho, De Vos comienza realmente su estudio a partir de la ley promulgada en 1883 (un año después de la fundación de las seis colonias italianas de este texto) y otras posteriores por considerarlas menos precarias que las anteriores, pero también con mayores ganancias tanto para el propio gobierno mexicano como para algunos particulares involucrados.

Esto significa que la existencia de las colonias aquí estudiadas y la presencia de sus pocos descendientes actuales en México fueron causadas por dos clases distintas de crisis agrarias tanto en México como en Italia, sin olvidar la ambición mencionada por De Vos y otros, máxime durante el porfiriato.

Por ende, al fracasar el proyecto de colonización ante las expectativas gubernamentales y con la caída de Porfirio Díaz tras la Revolución, al menos lo relacionado con las seis colonias de italianos fundadas fue olvidado y jamás incluido en libros escolares de historia y, así, los emigrantes y sus descendientes quedaron carentes de motivo oficial para habitar la nación.

Ortiz Pinchetti (1998) fue de los primeros que este autor leyó denunciando lo que, además, en Chipilo siempre se supo en el fondo: algo que obviamente no venía estipulado en los contratos con los inmigrantes y que sigue siendo tema tabú en México, como veremos, pues en la época se hablaba de *resolver el problema indígena mejorándoles la raza*, frase del todo normalizada aún hoy.

Durante el porfiriato nadie negaba la subsistencia de una estructura racial, la herencia de la colonia, y México estaba empeñado en superarla para “blanquearse”. De ahí la idea de imponer colonos europeos (*Ibidem*: sp).

Las seis colonias fundadas en México estuvieron formadas por trentinos, vénetos y lombardos en su mayoría agricultores, pues tal era la condición que el gobierno mexicano puso en los dos contratos firmados con agentes de emigración que no siempre cumplieron con ella en su afán por llenar los barcos; algunos autores ven en tal



incumplimiento uno de los motivos para el abandono a corto o mediano plazo de algunas colonias (Martínez Rodríguez, 2013).

Se trató de los contratos conocidos como Rovatti Capaccioli Lanata el primero y el llamado Rizzo y Fulcheri, que trajeron colonos en cuatro viajes, tres vapores y distintas fechas: el primer viaje fue por parte de Rovatti con el vapor Atlántico llegado el 19 de octubre de 1882; el segundo, el Rizzo con el vapor Cassus llegado el 27 de enero de 1882; el tercero, en unión ambos contratistas, con el vapor Messico llegado el 24 de febrero de 1882; el último, con el contrato Rizzo, nuevamente el vapor Atlántico llegado el 25 de septiembre de 1882. Los futuros chipileños llegaron en este último vapor, aunque sus primeros habitantes, como se verá, provenían del vapor Messico.

Se establecieron en Veracruz (Colonia Manuel González), Morelos (Colonia Porfirio Díaz), San Luis Potosí (Colonia Díez Gutiérrez), Ciudad de México (Colonia Aldana) y dos en Puebla (Colonia Carlos Pacheco) y Colonia Fernández Leal, en la zona que los cholultecas conocían como Chipílotl⁷ que después pasó a llamarse San Diego Chipíloc, donde había dos exhaciendas: Chipíloc y Tenamaxtla, ambas abandonadas en su etapa de hacendado por el político Carlos Pacheco que, siendo el encargado del proyecto como secretario de fomento, colonización e industria y usando un testaferro, se las vendió a la secretaría que él mismo dirigía, con sobreprecio y consciente de que esas tierras no eran fértiles (Vázquez Castillo, 2007). Un fraude en todos los sentidos y una burla para los colonos.

De las colonias fundadas, las que más hectáreas recibieron por familia, en orden descendente, según los datos oficiales, fueron la Díez Gutiérrez con 16 para 410 colonos, la Carlos Pacheco con 12 para 384 colonos, la Manuel González con 10 para 503 colonos, sólo 6 hectáreas para la Fernández Leal con 524 colonos (en realidad 534, como veremos más adelante) y también 6 para la Porfirio Díaz con 597 colonos, mientras que la Aldana con 4 ½ para 124 colonos (Zilli Manica, 2002).

¿Cuántos italianos esperaba traer México y cuántos llegaron?

Las cifras resultan difíciles de precisar pero, siguiendo al historiador de la emigración italiana en México, podemos decir que, de 200,000 italianos que se proyectaba traer, llegaron entre 2,581 y 2,788⁸ personas (Zilli Manica, 2002).

¿Y cuántos eran vénéto?

Según nuestros cálculos – un trabajo en proceso por la dificultad de ubicarlos a todos tras la dispersión de algunas colonias –, la cifra que conseguimos identificar asciende a 882 individuos.

⁷ Sobre el topónimo Chipilo corren interpretaciones erróneas sobre todo en la tradición oral e internet. El historiador chipileño Agustín Zago Bronca, tras investigar con expertos como Rafael Tena Martínez y en el vocabulario de Alonso de Molina, desmitifica los anteriores significados («lugar donde escurre el agua» y «niño llorón») explicando que el verdadero significado del vocablo náhuatl *chipilotl* es «cristal fino o finísimo», relacionándolo con las obsidias comunes en la zona. Para *tenamatzin* propone «donde abundan los fogones o las piedras para hacer fogones» (Zago Bronca, 2007: 80-81).

⁸ La primera cifra la ofrece en 1902 Egisto Rossi en su visita a las colonias fundadas, pero es corregida según los cálculos de Zilli Mánica en nota al pie.



Siguiendo las listas de emigración según cada uno de los cuatro vapores llegados a México y rastreando sus orígenes, se puede deducir que las maniobras de los agentes de emigración iniciaron en Trento y Lombardía, reclutando pocos vénéto de Verona y Padua, para después concentrarse en Treviso y Belluno.

Según lo revisado para los trentinos en los estudios realizados de esa etnia (Tommasi, Zilli Manica, 2006) y tras lo hallado por el autor en cuanto a lombardos y vénéto, la constante era concentrarse en unos pocos municipios de cada una de las tres regiones mencionadas y atraer de prisa la mayor cantidad de campesinos.

Puede sostenerse que la colonia más exitosa (Fontano Patán, 2016), pero como modelo de integración y asimilación cultural, fue la Manuel González, ubicada en el estado de Veracruz: la primera en fundarse. De ella fueron originarios el escritor y diplomático Sergio Pitol [1933-2018] y el presbítero e historiador de la emigración italiana en México, José Benigno Zilli Manica [1934-2016].

Esta colonia ha mantenido lo que conocemos como patrimonio cultural tangible: objetos de los fundadores, fotografías, juegos tradicionales, elementos arquitectónicos y culinarios, pero en patrimonio cultural intangible la conservación fue nula. Quedaron instalados en la llegada de sus ancestros.

Sergio Pitol, descendiente de campesinos emigrantes en segunda generación, ilustra de modo sublime la integración y asimilación cultural y precisamente en el plano lingüístico, pero no en lengua étnica sino en la adquirida por aculturación, en su aspecto más alto: el Premio de literatura en lengua castellana Miguel de Cervantes otorgado en 2005 por el Ministerio de cultura de España.

Pitol, cosmopolita desde joven pero sin saber demasiado sobre lengua vénéto, cuando narra su primer viaje a Venecia, sin considerar la poca movilidad social de los emigrantes en 1882 y omitiendo que sus orígenes eran de Lentiai y de Mel – cosa que sabía pues le fue otorgado en 2000 el premio *Bellunesi che hanno onorato la provincia di Belluno in Italia e nel mondo* (Redazione Abm, 2021) –, escribe lo siguiente en uno de sus libros más importantes:

Oí hablar italiano y alemán y francés en torno mío, y también el dialecto vénéto, salpicado de viejos vocablos españoles, que alguna vez debieron hablar en esas mismas callejuelas mis antepasados (Pitol, 1999: 14).

3. ¿Por qué se conservó el vénéto en México? El grado cero de la existencia

Según Sartor y Ursini (1983) y Ursini (1987), quien emigra tiene ante sí tres soluciones frente a las dificultades lingüísticas: la primera es una no-solución: caer en la anomia y la marginalidad ligándose a la propia lengua sin aprender la nueva (caso frecuente entre los ancianos); la segunda es huir de las tensiones adhiriéndose a la lengua de la nación a la que se emigra, aunque en la época que nos ocupa tal solución resultaba difícil para los mayores a causa del grado de analfabetismo y se solía proponer a los hijos y nietos, cosa que ocurrió en las cinco colonias aculturadas, donde se recuerda que los fundadores hablaban entre sí su lengua a fin de que los más pequeños



no pudieran entenderlos, interrumpiendo así la transmisión oral y generacional para siempre, provocando que unos cuantos interesados en el véneto⁹ quieran aprenderlo sin saber cuál variedad estudiar tras enterarse de que estas existen; terminan entonces mezclando expresiones de las variedades hoy más famosas en las redes y son incapaces de reconectar con la que sus ancestros hablaron; la tercera solución o respuesta consiste en una división de las funciones lingüísticas: la lengua extranjera será usada para las relaciones formales mientras que la propia quedará en el ámbito oral y servirá para lo que involucra afectivamente. Es lo que sucedió en Chipilo.

Gracias a estudios en el ámbito anglosajón, se sabe que lo más frecuente es la completa asimilación en el arco de tres generaciones. La primera amplía su conocimiento de la nueva lengua; la segunda posee ambas lenguas pero tiene como dominante la extranjera; la tercera muestra una comprensión limitada de la lengua de los abuelos pero sólo logra expresarse bien en la lengua extranjera (Ursini, 1987). En Chipilo, desde la década de 1980, cuando se hicieron los primeros estudios, ya estaba presente la quinta generación hablante de la variedad chipileña.

Sin duda alguna, las únicas dos colonias unificadas aún hoy por sus descendientes radicados en las zonas donde se establecieron sus fundadores son la Manuel González y la otrora Fernández Leal, hoy Chipilo de Francisco Javier Mina. La primera es considerada un éxito por su integración mientras que la segunda ha logrado una fama internacional por la conservación etnocultural cristalizada en su lengua. Las restantes cuatro colonias ya no existen como tales en la actualidad, entre otras causas porque se desintegraron casi de inmediato debido a mala ubicación en cuanto a clima, tras haber sido absorbidas por la mancha urbana o porque se fracturaron durante la Revolución.

La gran diferencia entre la Manuel González y el actual Chipilo es que en la primera tanto colonos como gobierno vieron cumplidas sus expectativas en el plazo deseado, mientras que la segunda logró su mayor esplendor de manera tardía y en aquello que ni el gobierno ni los propios colonos anhelaban: dedicarse colectivamente a una réplica del trabajo que ellos hacían en sus pueblos natales como único medio real de supervivencia tras el fracaso de las ideas gubernamentales y en la conservación de sus elementos culturales de origen.

La desbandada mayor de colonos fue de etnia lombarda y trentina. La posible explicación es que los vénetos fueron el grupo étnico más campesino, como el gobierno deseaba, mientras que quizá entre los trentinos y lombardos imperaban otros oficios y no dudaron en abandonar no sólo las colonias sino incluso el País. Al menos para los

⁹ Cuando se da este interés, con frecuencia frágil e iluso, se sabe de alguien que quiere *recuperar las raíces* a través del véneto aunque tenga apellido o sangre trentinos o lombardos; parecería evidente que el fenómeno se genera por el conocimiento de que en Chipilo se conservó esta lengua y muy posiblemente se deba a su “fama” por los estudios, reportajes y documentales sobre esta comunidad, su cultura y lengua; no sería raro que esto sea provocado por el boom turístico reciente de Chipilo, del que se hablará después. La mayoría termina prefiriendo el italiano en la creencia de que sus antepasados entendían o incluso hablaban esa lengua. Esto no sucede sólo con mexicanos de colonias aculturadas sino también con descendientes de chipileños que abandonaron la comunidad.



lombardos de la colonia Carlos Pacheco se sabe que muchos eran obreros de la ciudad y no agricultores (Vázquez Castillo, 2007).

Los dos libros dedicados a los trentinos por Tommasi y Zilli Manica (2006; 2007) son casi una pasarela de inmigrantes que llegaron a México para abandonarlo.

Sin demeritar los esfuerzos de todo emigrante por adaptarse a su nueva nación, uno de los aspectos más dramáticos en cuanto a los fundadores de la Fernández Leal – que nunca se ha estudiado como posible elemento para el desarrollo de mecanismos de defensa comunitarios recurriendo a identidad y lengua – es el hecho de que los colonos permanecieron 35 años en la incertidumbre existencial-colectiva de no contar con títulos de propiedad para convertirse en dueños de las tierras por cuya promesa emigraron. La pésima calidad de los terrenos entregados y las insuficientes seis hectáreas por familia provocaron que los fundadores de Chipilo no pudieran pagar al gobierno las tierras asignadas al llegar el plazo establecido de diez años.

Un importante elemento adicional para entender la negativa de pago de las tierras infértiles recibidas por los colonos de la Fernández Leal es el sobreprecio desmedido y explicable sólo por corrupción gubernamental que se evidencia en un estudio comparativo del costo de las hectáreas de las seis colonias (Vázquez Castillo, 2007).

Las cartas resultan estremecedoras (Martínez Rodríguez, 2013; Vázquez Castillo, 2007). Las que se conocen datan de 1892 y se prolongan, en ese mismo tenor, al menos hasta 1902. Los títulos de propiedad fueron firmados por el propio Venustiano Carranza hasta 1917.

Pero uno de los conflictos más graves ocurrió desde el 18 de mayo de 1883 debido al escaso número de hectáreas recibidas por familia y al hecho de haber sido agrupadas no por matrimonios con hijos, como estipuló el inspector general de colonias, Manuel Sierra Méndez, sino por apellidos o familias compuestas, lo que ocasionó que, por ejemplo, fuera asignada a una «familia» compuesta por tres hermanos casados y con hijos la misma cantidad de hectáreas que habría correspondido a un único matrimonio e hijos (Medina De Santiago, 2017)¹⁰. En esa fecha se originó un motín al grito de *¡muera bandidos mexicanos!* liderado, curiosamente, por dos familias del municipio de Quero en Belluno y no por los numéricamente superiores segusineses.

En un principio, el gobierno planteó a los fundadores la única vía de la agricultura, pero esta fue tan desastrosa que servía sólo para librar a los inmigrantes de convertirse en pordioseros (*Ibidem*). La ganadería que volvió famosa a la comunidad se dio con el paso de los años (*Ibidem*) y por iniciativa de los propios colonos, lo cual, según nuestra

¹⁰ En efecto, en la lista de fundadores redactada el 5 de diciembre de 1882 aparecen lotes asignados a «75 familias» compuestas por 570 personas (más adelante aclararemos el número real de fundadores) cuando en realidad se trataba de 109 matrimonios, los menos recién casados en Italia y los más con progenitores de muy variadas edades y numerosos hijos, sin contar las personas con algún o incluso ningún grado de parentesco que eran agregadas a tales «familias». El autor no encontró una situación similar en las listas de las restantes colonias. Incluso, en esa misma lista de la Fernández Leal, se observa que tal descuido no ocurrió para las familias instaladas el 1 de julio sino sólo para las del contingente llegado el 2 de octubre. Más adelante hablaremos sobre estas dos fechas de formación de la colonia.



hipótesis, constituye el uterotopo como núcleo en torno al cual se intensificarían necesariamente las demás dimensiones propuestas por Sloterdijk.

Durante esos 35 años, los fundadores de Chipilo contestaron al gobierno federal, incluso al propio Porfirio Díaz, que no podrían pagar nunca las tierras dadas en un plazo pagadero de 10 años, y proponían incluso como solución que se los devolviera a su patria o ellos buscarían por su cuenta los medios para regresar. Por la expectativa de vida de la época, 35 años significó el nacimiento y muerte de muchos de ellos en la tierra mexicana de la que no lograban apropiarse legalmente, o la muerte de muchos de los que nacieron en Italia, pues no fueron pocos los fundadores de Chipilo que cumplieron su ciclo vital sin saber si eran dueños del suelo que pisaban¹¹.

¿Con qué motivación adoptaría la lengua de la nueva nación un campesino que emigra en tal escenario, y máxime en esa época, donde la emigración era considerada definitiva?

En cuanto a las absurdas estrategias de reconversión laboral propuestas por el gobierno a los fundadores, mencionaremos sólo una: pretender aprovechar la experiencia milenaria de los colonos para inaugurar la vitivinicultura y la sericultura (Medina De Santiago, 2017) en tierra y clima no aptos (Zilli Manica, 1989)¹², provocando una estampida entre los primeros colonos, por supuesto agravada por aquel motín de mayo de 1883. En sólo siete meses se redujeron de 534 a 303 personas.

Por eso se sostiene aquí que los chipileños, a diferencia de las colonias desaparecidas a corto o mediano plazo, quedaron en un tenso y añoso equilibrio identitario proclive a provocar anomia, riesgo del que se libraron volviéndose autárquicos, buscando mejor remuneración fuera de una colonia a la que siempre regresaban, y por fin convirtiéndose en uno de los primeros lugares de Puebla en considerar la ganadería como solución productiva en una provincia donde tal actividad era más doméstica (Vázquez Castillo, 2007). Aunque se supone que desde su fundación hubo vacas en la Fernández Leal, el nacimiento de la industria ganadera en Chipilo se sitúa entre la última década del siglo XIX e inicios del XX. En 1894 había en el pueblo 610 cabezas de ganado; se dedicaban ya a producir además embutidos, mantequilla, queso y a la siembra de la necesaria alfalfa. En 1902 se realizó un censo de ganado que muestra una mayoría de colonos con menos de 10 cabezas, mientras que el más prominente ganadero poseía 25 (*Ibidem*). «El negocio, pues, no sería el campo, sino el establo» (Zago Bronca, 2007: 104).

Ningún ser humano deja su pueblo natal y nación, por ingratos que estos sean, firmando contrato con un gobierno para sufrir penurias pero con la promesa de un reconocimiento futuro por mantener lengua e identidad en un País extranjero. En tales condiciones, como resulta obvio, nadie habría emigrado, y ningún gobierno tendría

¹¹ Según consta en los registros civiles y parroquiales, de 1882 a 1917 habían fallecido 345 personas en general, de los cuales 121 eran fundadores de Chipilo. El autor agradece a Alfredo Dossetti Mazzocco estos datos.

¹² En la tradición oral chipileña se narra con cierta gracia que habían sido los propios fundadores quienes, al desconocer las propiedades del lugar al que serían asignados, traían consigo gusanos de seda, semillas de morera y vides; todavía quedan algunas tristes moreras y vides supuestamente sembradas en los primeros años.



semejante iniciativa colonizadora. Todos ellos salieron en busca de mejorar las condiciones de vida a las que estaban sometidos en sus terruños, algunos con aspiraciones de dejar de ser campesinos para enriquecerse, convertirse en *señores* (no en vano en véneto *sior* significa *rico*, perdiendo su acepción original): las colonias que lograron esta meta, como es natural, no tendrían motivo alguno para mantener en suelo extranjero aquello que les recuerde su anterior condición socioeconómica ni cultural. Lo peculiar en cuanto a otros casos, como el de Rio Grande do Sul, en Brasil, es la exigua cantidad de individuos que llevó adelante el llamado fenómeno de Chipilo y su aislamiento en una zona tan compacta: no se trató de una dinámica intercomunitaria, por así llamarla: en Chipilo, hasta la actualidad, esta etnia y su cultura viven en un enclave donde interactuar con otros venetófonos resulta siempre ocasión especial.

Los colonos de etnia véneta eran en su mayoría campesinos que, si acaso, poseían muy poca cosa, aunque algo que casi nunca se menciona es que quienes emigraron al menos pudieron costearse el boleto en el vapor vendiendo sus pertenencias, pues sobraban quienes ni emigrar podían: casi todos eran medieros o pastores de ganado propio y ajeno que les era rentado: al cosechar o volver de trashumar debían entregar a los dueños su parte de lo producido y además pagar impuestos siempre más incosteables, lo que produjo la crisis agraria que los volvió candidatos idóneos ante la invitación del gobierno mexicano.

Es un mito que emigraran por la inundación del río Piave, pues la única ocurrida en el periodo y pueblos involucrados fue la del 15 y 16 de septiembre de 1882 (Sartor, Ursini, 1983), es decir, a diez días de que los vénetos del último de los cuatro viajes que comprendieron la fundación de las seis colonias llegara al puerto de Veracruz. Los últimos documentos que involucran a emigrantes partidos hacia México en algunas actas del registro civil en sus pueblos corresponden al 16 y 17 de agosto de ese año¹³.

Sartor (1983) fue el primero en dar cuenta de cómo los fundadores de Chipilo parecieron ensimismarse en un grado cero de la existencia.

Aparentemente, los pioneros de Chipilo tocan el fondo de un sistema de trabajo y de fatigas que en occidente ya no se veía desde siglos. En Chipilo se cumple en pocos decenios, parecería que en pocos años, con un impulso único y quizá desesperado, una obra que necesitó casi siempre siglos (Sartor, Ursini, 1983: 74).

En este párrafo, Sartor se refiere a la aplicación de conocimientos tecnológicos elementales en la organización del territorio donde estaba contenida la colonia: la aplicación de la cultura campesina desde su médula, pero trasladando ese saber desde las montañas prealpinas abandonadas hasta la llanura que es Chipilo, es decir, volviendo a tomar las palabras de Sartor, un territorio que era inventado como paisaje humano en su totalidad. De ahí que el trazo original del pueblo sea de interés particular y único en

¹³ Se trata de tres documentos, uno de San Pietro di Barbozza en Treviso y dos de Lentiai en Belluno consultados el primero en *FamilySearch* en <https://www.familysearch.org/search/collection/1947831> el 15 de febrero de 2020 y los segundos en *Ancestry.it* en <https://www.ancestry.it/search/collections/1896/> el 23 de mayo de 2019.



México: se construyó desde sus cimientos un pueblo planificado según el trazado véneto en plena llanura de la provincia de Puebla (ausencia de manzanas, por ejemplo), algo que no ocurriría en ninguna otra de las colonias fundadas. Este trazo prealpino véneto, como corazón del actual Chipilo, significa una marca de supervivencia sobre la tierra al mismo nivel que la conservación de la lengua véneta en el paisaje sonoro de la comunidad. Quepa mencionar que todo lo anterior se circunscribe a México y no a posibles casos semejantes en otros Países como Brasil.

Campesinos que tocan fondo al grado de trazar un primigenio plano urbano a la usanza de los pueblos abandonados en tan insuficientes hectáreas mientras esperaron 35 años para saber que no debían regresar a su suelo natal por el poco rendimiento e infertilidad de las tierras asignadas, impidiéndoles así realizar el pago de las mismas para volverse dueños legales de ellas como resultado del trabajo cumplido (Vázquez Castillo, 2007).

Es por ello que también el cavaliere Egisto Rossi, en su informe de 1902, compara a la Fernández Leal con las dos más desafortunadas colonias fundadas afirmando que, en la Fernández Leal, la más poblada, «en la que el *struggle for life* de los primeros años fue tan duro que habría terminado por quedar desierta como la de Porfirio Díaz y la de Carlos Pacheco, si esos excelentes colonos no se hubieran dedicado a otros trabajos, dirigiéndose como braceros fuera de su colonia» (Zilli Manica, 2002: 557).

Se trata del uterotopo, que forma parte de lo que Peter Sloterdijk llama «islas antropógenas».

Veamos las similitudes entre el fragmento de Mario Sartor y el de Sloterdijk:

Las islas antropógenas – como veremos – son talleres de una creación de espacio compleja sin par. El antrotopo surge del ensamblaje de una plétora de tipos de espacio de cualidad específicamente humana, sin cuya apertura simultánea no sería imaginable la coexistencia de seres humanos con sus semejantes y con el resto en un todo común. Los movimientos aislantes de acondicionamiento e instalación se implican unos en otros (Sloterdijk, 2009: 278).

Chipilo es hoy la única de las colonias fundadas que muestra en forma evidente esa impronta véneta desesperada, una muesca primigenia – y no sabemos si infinita – que es notoria tanto en el trazo del pueblo como en las inflexiones de la propia lengua véneto-chipileña, pero no solamente en eso.

Los vénetos y por tanto Chipilo nunca se han distinguido por su expresividad, por dedicar tiempo a lo anímico, más allá de lo religioso, pero lo cierto es que, mientras esos campesinos parecían dedicarse únicamente al trabajo arduo y a cuestiones existenciales concretas y, más aun, de mera supervivencia, invertían una energía anímica muy poderosa en lo abstracto que supone crear, en lo posible, una réplica de lo dejado en otro continente pero ahora en suelo extranjero: Chipilo fue la única de las seis colonias de italianos fundadas entre 1881 y 1882 que quedó en un limbo tenso entre distopía y utopía.

El actual Chipilo, con rasgos de identidad cristalizados en su lengua, surge de lo que el filósofo Sloterdijk llama «uterotopo» – «cavernas-nosotros, incubadoras de mundo» (Sloterdijk, 2009: 297) – haciendo una réplica lo más fiel posible de lo que perdieron al



emigrar, pero tal necesidad no la tuvieron las demás colonias o ni siquiera pudieron llegar al momento de planteársela. Y, para hacer una réplica cuasi perfecta es condición necesaria que sus habitantes continúen hablando la lengua de los lugares natales (el fonotopo sloterdijkiano) y del cual, por motivos socioeconómicos, de mera supervivencia, deberán nutrir sus conocimientos para volver habitable la tierra de inmigración, lo cual incluye casi todos los demás “topoi” mencionados por Sloterdijk. Aunque muchas otras disciplinas y estudiosos han aportado hipótesis y teorías sobre la conservación lingüística de lenguas étnicas y minoritarias, hasta el momento, para mí, como lingüista y escritor, pero sobre todo como chipileño, la explicación más convincente del fenómeno de conservación etnocultural y lingüístico de Chipilo provino de la antropología filosófica. Tomo entonces la propuesta de Sloterdijk para hipotetizar aquí por qué se mantuvo la identidad y lengua de Chipilo.

En estado de desarrollo mínimamente completo la antroposfera es determinable como un espacio de nueve dimensiones. A ella pertenecen, como aportaciones configuradoras de mundo, imprescindibles cada una de ellas en su caso, las siguientes dimensiones o *topoi*:

1. el quirotopo, que incluye el ámbito de acción de las manos humanas [...] el entorno de acción [...];
2. el fonotopo (o logotopo), que genera la campana vocal bajo la que los convivientes se oyen, hablan, se reparten órdenes e inspiran unos a otros;
3. el uterotopo (o histerotopo), que sirve para la generalización del ámbito maternal y para la metaforización política de la gravidez, y produce una fuerza centrípeta, que, incluso en unidades más grandes, será experimentada por los incluidos en ellas como sentimiento de pertenencia y fluido existencial común;
4. el termotopo, que integra al grupo como receptor originario de los beneficios de la repartición de los efectos de hogar;
5. el erototopo, que organiza el grupo como el lugar de las energías eróticas primarias de transferencia, y le pone bajo estrés como dominio de celos;
6. el ergotopo (o falotopo), en el que una fuerza paternal o sacerdotal de definición, con efectos en todo el grupo, genera un *sensus communis*, un *decorum* (una conveniencia) y un espíritu de cooperación, desde el que se formulan obras (*erga, munera*) comunes, fundadas en la necesidad [...];
7. el alethotopo (o mnemotopo), por el que un grupo en aprendizaje se constituye como custodio de su *continuum* de experiencia y se mantiene en forma como depósito central de la verdad con su propia pretensión de validez y su propio riesgo de falsificación;
8. el thanatotopo o theotopo (o bien, iconotopo), que ofrece a los antepasados, a los muertos, a los espíritus y dioses del grupo un espacio de revelación o un teclado semiótico para manifestaciones significantes del más allá;
9. el nomotopo, que vincula recíprocamente a los coexistentes por «costumbres» comunes, por reparto del trabajo y expectativas recíprocas, con lo que, por el intercambio y el mantenimiento de la cooperación, aparece una tenseguridad imaginaria, una arquitectura social compuesta de expectativas, apremios y resistencias mutuos, en una palabra: una primera constitución (Sloterdijk, 2009: 279-280).

Si bien es cierto que estas dimensiones no son exclusivas de lugares como el actual Chipilo, sí resulta notorio cómo, en las demás colonias fundadas en el mismo periodo, no todas ellas operaron igual. En el primer Chipilo, como ya lo señaló Sartor al hablar del trazo que tuvo que ser hecho por los propios fundadores, se produjeron muy intensamente al menos el quirotopo, por el trabajo manual que ese trazo atípico, véneto, prealpino, exigió; junto con el uterotopo o necesidad de recrear sus pueblos natales no



por un frívolo deseo de «italianización» del espacio, como sí sucede hoy a causa del negocio turístico, sino en combinación con el mnemotopo, es decir, el recuerdo de la experiencia constructora y edilicia aprendida en sus pueblos de origen; y todo ello regido por el ergotopo o falotopo que iba provocando la cooperación de todos los inmigrantes¹⁴.

Todo ello con la promesa o compromiso implícito y explícito de la dimensión del termotopo o del hogar, simbolizado quizá por el fogón o *larín* donde se hacía la polenta diaria. Todo lo anterior envuelto en el fonotopo o logotopo de la lengua véneta.

El fonotopo: «campana psicoacústica envolvente, autosonorización, instalación escénica psicoacústica» (Sloterdijk, 2009: 291-292).

Sólo en el fonotopo es del todo verdadera la tesis de que el medio es el mensaje [...]. Lo que tienen que decirse unas a otras muchas veces en su lenguaje común para la observación exterior se reduce simplemente al hecho de que tienen algo que decirse unas a otras en el lenguaje común. [...]. El grupo vive en una instalación sonora de implicitud absoluta; en él es efectivo el escucharse como medio del pertenecer-a-él. [...]. Un fonotopo no puede crear información alguna por sí mismo. Necesita toda su energía para la repetición de las frases por las que se mantiene en forma y flujo. En principio, y la mayoría de las veces, no es capaz de interesarse por tonos extraños. El mensaje que se envía a sí mismo consiste exclusivamente –por emplear una metáfora de la radio– en la sintonía de su propio programa. [...] ...el fonotopo primitivo [...] que este representaba, para la coexistencia de los seres humanos con sus semejantes en un mundo en pérdida paulatina de seguridad, una necesidad evolutiva, un sistema acústico de inmunidad, digamos, que ayudaba al grupo a permanecer en el *continuum* de la propia entonación (Sloterdijk, 2009: 291-292).

En el caso del thanatotopo, desde que comenzaron a salir del pueblo los primeros chipileños y hasta hoy, es frecuente escuchar doblar las campanas y, al preguntar quién falleció, se informa de alguien que vivía en alguna zona de la provincia de Puebla o incluso en otras provincias de México, pero que tuvo como última voluntad ser sepultado en Chipilo, lo que convierte al pueblo en una especie de meca o nuevo recinto donde quien fallece desea ser sepultado: ni más ni menos que como los inmigrantes nacidos en sus pueblos de origen anhelaban volver a ellos siquiera para que sus restos reposaran en esa tierra añorada.

En cuanto a esta dimensión del culto a los muertos, es pertinente mencionar que durante 14 años los colonos tuvieron que sepultar a sus seres queridos en el cementerio de Santa Isabel Cholula por no tener uno propio. Se sabe por tradición oral y por documentos del Archivo histórico de Chipilo que nunca estuvieron conformes con tal situación. Muchos eran sepultados en fosas comunes. Tampoco tenían iglesia y el

¹⁴ Es la unión que todo chipileño añora hoy porque sabe que la hubo algún día en el pueblo. Se le llama en véneta *far a òpera de ròdol* (literalmente, *hacer a obra de rollo*: por turnos, por cooperación). Como ocurriría años después también con la construcción del cementerio de la comunidad o con la construcción de la iglesia, donde se cuenta que participaron desde viejos hasta niños; en 1914 todo el pueblo, incluidas mujeres, se defendió del ataque de supuestos zapatistas, que eran llamados con el término véneta *scarper*, que significa sin embargo *zapateros*, una muestra de la esfera en que vivían, al asociar *zapatista* no con Zapata sino con zapatos.



sacerdote era vicario. El cementerio pudo ser construido hasta 1896; la iglesia, tras intentos desde 1908, fue inaugurada hasta 1919 (Zago Bronca, 2006).

La Fernández Leal nunca contó tampoco con una administración política propia, exceptuando el juzgado menor de paz y la junta de mejoras que hoy son resguardadas como patrimonio en el mencionado archivo. Perteneció desde su fundación al distrito de Cholula, pero su registro civil dependió de tres municipios distintos: de 1882 a 1898, los nacimientos, matrimonios y defunciones se registraban en el municipio de Santa Isabel Cholula; del segundo semestre de 1898 al primero de 1906, en el municipio de San Andrés Cholula; por último, desde el segundo semestre de 1906 y hasta 1954, pasó a pertenecer al recién constituido municipio de Mucio Martínez, hoy San Gregorio Atzompa (localidad que antes también pertenecía a Santa Isabel Cholula).

En cuanto a lo político, tales vaivenes caóticos obedecían a la condición de colonia de extranjeros que tuvo desde su fundación hasta su conversión en pueblo de Francisco Javier Mina en 1899, dependiendo de San Andrés Cholula, al que se pretendía integrar como Junta auxiliar (Vázquez Caballero, 2007), lo que no fue posible pues acabó siéndolo y hasta hoy pero de Mucio Martínez en 1906. Como Junta auxiliar, Chipilo siempre ha enfrentado problemas. El principal, generar más impuestos que su propia cabecera municipal pero recibir a cambio un porcentaje absurdo del dinero correspondiente, además de las corruptelas que algunos presidentes municipales han cometido en cuanto a permisos de uso de suelo y licencias de construcción cambiando la vocación del suelo chipileño de agrario a urbano sin tener siquiera el municipio un plan de desarrollo urbano pese a ser su única Junta auxiliar o precisamente por ello. Atzompa ha parasitado históricamente de Chipilo. Desde hace muchos años y sin éxito se ha buscado que le sea otorgada su calidad de municipio autónomo (Machuca, 2010; Blancas Martínez, 2011).

Hoy siguen discutiéndose los límites territoriales de Chipilo con los municipios limítrofes y, para defender su territorio histórico, los chipileños deben correr con el mapa original de la colonia que data de 1883 (García, 2017). Importante mencionar que los chipileños conocen bien los límites territoriales de su comunidad, tanto por experiencia histórica como por los mojones o lindes que se conservan pero, dada esta situación, algunos habitantes de zonas ambiguas en cuanto a límites ya no saben, en pleno 2021, a qué municipio pertenecen o acabarán perteneciendo.

Finalmente, el erototopo se muestra evidente con algo que tanto el gobierno mexicano como al menos los habitantes de la provincia de Puebla han reprochado a Chipilo siempre: la endogamia que, más que racismo como se recrimina, debe entenderse como antigua condición fundamental para proteger y perpetuar la última de las dimensiones sloterdijkianas: el nomotopo o las costumbres y expectativas mutuas, y esto debía perdurar rigurosamente manteniendo otras dimensiones sin las cuales se percibía un peligro de fractura, como el hecho de que posibles hijos producto de la exogamia se negaran a hablar la lengua de sus padres y ascendientes.

La exogamia fue un fenómeno ocurrido a cuentagotas, pero tampoco significa que Chipilo se haya abierto a ella recién en los últimos años, como se suele pensar: consultando los registros parroquial y civil de la Fernández Leal y luego pueblo de



Francisco Javier Mina, encontramos 23 matrimonios exogámicos en el periodo 1894-1949, mismos que aumentan considerablemente entre 1960 y 1970. Por otra parte, como es bien sabido en lingüística, si bien la endogamia puede ayudar a conservar y la exogamia a disolver una lengua étnica, no hay un solo elemento que explique de manera matemática qué produce la conservación o pérdida lingüísticas, sino que se trata de fenómenos multifactoriales. Aseverar que en Chipilo se mantuvo la lengua por endogamia es tan arbitrario como afirmar que se conservó por tener más amor a sus raíces que los fundadores de las otras colonias. Por último, los pueblos nahuas que circundan Chipilo no son precisamente exogámicos y han perdido el náhuatl pese a encontrarse en su suelo ancestral, a diferencia de Chipilo. Como bien explica la lingüista Yásnaya Aguilar (Sánchez, 2021), la disminución brutal de hablantes de lenguas originarias mexicanas e incluso de mexicanos que se identifiquen como indígenas obedece a más bien a presiones del Estado.

Quepa mencionar aquí que, revisando archivos de las otras cinco colonias fundadas, se encontró, no sólo durante la primera generación, una cantidad sorprendente de matrimonios endogámicos, pues se nos había transmitido la idea de que la lengua e identidad de las demás colonias se perdió por el rápido mestizaje.

La conservación de elementos identitarios, culturales y la lengua en Chipilo es atribuida, también por académicos (Martínez Rodríguez, 2013), de modo algo superficial, a la endogamia y, de hecho, la exogamia es ensalzada por ejemplo en la colonia Manuel González incluso en libros como los de Zilli Manica; pero se dejan sin mencionar los casos de la primera endogamia e incluso, algo nunca visto en los archivos de Chipilo, el matrimonio ocurrido entre un tío y una sobrina carnales en la Manuel González por estar ella embarazada y para el cual se tuvo que pedir permiso al gobernador de Veracruz. Por cierto, este matrimonio siguió teniendo hijos. No damos datos acerca de este matrimonio por respeto a sus descendientes.

Lo que sucedió y no suele explicarse, estudiando esos archivos, fue que en las otras colonias los inmigrantes y sus hijos tuvieron mayores motivaciones ante la posibilidad exogámica: probablemente conseguir más propiedades o acaso ascender socialmente para dejar de ser campesinos (Tommasi, Zilli, 2006); alternativa que en la Fernández Leal no se dio, quizá por estar rodeados de indígenas todavía hablantes de náhuatl (existía una barrera también de tipo etnolingüístico e ideológico), al grado que los primeros comerciantes lombardos y piamonteses de la Fernández Leal la aprendieron para vender sus productos. Aunque el náhuatl en los pueblos aledaños al actual Chipilo se perdió, siempre hubo y sigue habiendo la idea mutua de que los chipileños son más aguerridos en lo socioeconómico. O con la cantidad de niños de pueblos vecinos que son inscritos en escuelas chipileñas, quizá con la idea de que ahí se les enseñaría la tenacidad laboral chipileña, sin entender que esta es transmitida también, como la lengua, de manera generacional, oral, comunitaria y no escolar.

Lo único cierto es que ninguna otra colonia tuvo que recurrir, para su supervivencia, al menos al uterotopo y al fonotopo como sí tuvo que hacerlo el actual Chipilo desde el primer día, antes incluso de su fundación oficial, pues dos de sus características más representativas nacieron de esas dimensiones: el trabajo fundador del pueblo, con el que



aún hoy es conocido: la producción de leche de vaca y productos lácteos derivados – una réplica de lo que los antepasados hacían en sus montañas al ser pastores y elaborar quesos y embutidos – y la palabra fundadora: el véneto, perpetuado desde el fonotopo que fue necesario instalar en el paisaje sonoro del pueblo como estrategia organizativa-defensiva. Elementos que ninguna de las otras colonias necesitó preservar, adaptar ni mucho menos heredar a su descendencia.

Sloterdijk explica el uterotopo en términos de transferencias.

Ser en la isla significa ahora: poder hacer uso de la posibilidad de transferir situaciones interiores. Transferencias de ese tipo son realizables cuando se alcanza en el exterior una situación real que pueda servir de envoltura o receptáculo para la repetición de interioridad en otro lugar. El fenómeno de transferencia [...] surge de un efecto de inercia, desencadenado por la preponderancia de improntas pasadas sobre percepciones presentes. Presupone para su desarrollo fuertes diferencias escénicas entre entonces y ahora. Si estas se producen, como sucede [...] después de [...] emigraciones, puede llegarse al fenómeno de la repetición de la antigua escena en la nueva [...]. Es así como un grupo fuertemente coherente se convierte en uterotopo, es decir, en metáfora escenificada del cuerpo de la madre [...]. Con el concepto uterotopo se designa un fantasma-espacio, devenido influyente históricamente, que sugiere que, mientras permanezcamos territorializados en el propio grupo, seremos las criaturas privilegiadas de una misma caverna: beneficiarios proto-solidarios de un mismo estado fetal en el seno común del grupo. La «profundidad» de un grupo corresponde al carácter propio de su función colectiva de Nirvana: sus miembros convergen en una irrealidad o pre-realidad imaginariamente común, desde la que son enviados a lo real: como hermanos carnales, que comparten un secreto de caverna, una condena celestial [...]. La síntesis uterotópica significa la predestinación de seres humanos a una procedencia común de una caverna incomparable (y la común fijazón en ella) (Sloterdijk, 2009: 301-302).

4. La “segusinización” de Chipilo

El autor ha decidido llamar con tal término a la manera en que el municipio de Segusino, en Treviso, ha vampirizado Chipilo, su lengua y cultura, haciendo creer, por obra y omisión, que todos los fundadores de esta comunidad provenían de ese único municipio y que, por ende, la lengua véneta conservada es la variedad segusinesa, minimizando así el proceso de la variedad véneto-chipileña que, como se demostrará, es una pequeña lengua koiné.

Tal fenómeno inició en 1972, como se verá más adelante, pero se concretó en 1982, con las fiestas por el centenario de la fundación de Chipilo. El artífice de esto fue y sigue siendo el exalcalde segusinés Agostino Coppe, que para esas fechas administraba ese pueblo *invidiato ed invidiabile*, según se lee en el acta de deliberación del consejo comunal con objeto «hermandad entre el municipio de Segusino y el pueblo mexicano de Chipilo» (Consiglio comunale, 1982).

Resulta absurdo pensar en un país que deseara colonizar en 1882 fundando un pueblo con habitantes de un único municipio. ¿Con qué argumentos?

Hoy en Segusino sigue vigente un discurso que casi afirma que sus habitantes fueron enviados aposta para fundar un pueblo que resistiera a toda calamidad y mostrara con



las décadas y los siglos la entereza de los segusineses y su amor por las raíces manteniendo lengua, cultura e identidad.

La causa de este *gemellaggio* o hermandad en 1982 fue una iniciativa político-familiar iniciada 10 años antes, cuando una delegación *di messicani* visitó el pueblo de Segusino a instancias de descendientes del único fundador de Chipilo que volvió a su pueblo natal. Lo llamativo es que estos descendientes ya ni siquiera vivían en la comunidad, sino que habían pasado su vida en el Estado de México o habitaban en la ciudad de Puebla. Lo anterior con el lema «un hilo nunca roto» debido a la correspondencia mantenida por esa familia con sus parientes no emigrados, cartas que eran escritas en italiano y no en véneto (Sartor, Ursini, 1983). En el documento oficial de Segusino donde el consejo comunal acepta realizar esta hermandad, leemos por parte del alcalde de ese pueblo frases tales como que Chipilo, «mojado de sudor segusinés», «es la joya de la corona de Segusino», o como que los chipileños llevaron una «ráfaga de genuina *segusinità*» (Consiglio comunale, 1982).

Además, quienes estudian Chipilo cometen por acumulación un mismo error al basarse en trabajos precedentes sin ahondar en el tema de los orígenes de los fundadores. Si en 1982 no se hizo un trabajo de investigación genealógica del pueblo con el cual se oficializó una hermandad, resulta asombroso que estudiosos posteriores, con las actuales herramientas cibernéticas, tampoco lo hayan hecho. El absoluto libro pionero que trató profesionalmente el caso de Chipilo y, elemento decisivo, donde fue transcrita por primera vez la lengua véneta de la comunidad es, sin duda, *Cent'anni di emigrazione*, escrito en coautoría por Mario Sartor y Flavia Ursini (1983). Libro excelente del cual todos los interesados en la lengua, historia y otros aspectos socioculturales de Chipilo nos hemos nutrido. Fue en él donde comenzó a gestarse la confusión de los orígenes de quienes con el tiempo darían vida y una permanencia insólita al véneto-chipileño, pero no por su contenido sino por el hecho de haber sido publicado por el municipio de Segusino como parte de las celebraciones de la hermandad y entregado de casa en casa en Chipilo en 1983 por el entonces presidente de Chipilo y el propio alcalde de Segusino, que durante todos estos años se convertiría en una especie de cacique cultural a cuya voluntad muchos segusineses, chipileños y académicos se sometieron.

Sin embargo, resulta reconfortante notar que Ursini, aun sin documentos genealógicos a mano, valiéndose tan sólo de sus conocimientos académicos y tras hacer una revisión de los apellidos de las listas de emigración que el gobierno mexicano de 1882 redactaba, supo salirse de ese corsé segusinés y abarcó en su estudio pueblos y zonas aledañas. Estudió las características fonéticas y gramaticales más notorias del véneto-chipileño que registró en audios y transcribió en el libro, llegando a dos conclusiones muy parecidas a las que el autor hoy desea demostrar, ya con datos genealógicos en mano: que el chipileño es producto de una koiné¹⁵ entre variedades

¹⁵ Ursini menciona el término koiné en este libro pionero, pero no específicamente para el caso de la lengua de Chipilo sino en un párrafo más teórico donde habla de la dinámica de las lenguas, si bien en los párrafos siguientes expone casos de entrevistados que recordaban aún con extrañeza cómo hablaba algún lombardo o piamontés y una véneta llegada de la Manuel González y también expone cómo el recuerdo



cercanas del llamado véneto septentrional de montaña de las provincias de Treviso y Belluno. Y también supo dar un porcentaje realmente cercano al calculado hoy en cuanto a la predominancia véneta sobre otras etnias en ese primer asentamiento.

Estudios publicados en años posteriores no hicieron más que estudiar la lengua chipileña basándose en los escritos de Ursini sin añadir nuevos hallazgos e incluso adhiriéndose a la opinión segusinesa ya desde la publicación misma, como es el caso del léxico compilado por la lingüista norteamericana Carolyn J. MacKay (2002), cuyo título lo dice todo, *Il dialetto veneto di Segusino e Chipilo*, ya en su prefacio comienza con las vagas modulaciones que se han venido haciendo desde hace cuarenta años: «La maggior parte dei coloni proveniva da Segusino e dagli altri paesi ubicati nella vallata del Piave» (MacKay, 2002: 21).

Resulta impresionante, por la vitalidad de la «segusinización», cómo esa «mayor parte» de segusineses no ha sido cuantificada ni puntualizada hasta hoy.

¿Cuántos llegaron realmente de ese municipio?

¿En verdad fue su variedad segusinesa la que se impuso?

Y este discurso ha sido no sólo seguido sino intensificado por el historiador de Chipilo.

La especial laboriosidad y el espíritu de lucha que ha caracterizado a los nacidos en Segusino y a sus descendientes permitió que este pueblo se sobrepusiera a las adversidades y presentar una imagen socioeconómica notablemente mejor que los demás pueblos y ciudades de la región [...]. Y precisamente los apellidos, consultados en los directorios telefónicos de la zona en 1991, nos han permitido deducir el posible origen de las 68 familias: 30 de Segusino, 13 de Quero, 6 de Valdobbiadene, 3 de Feltre, 3 de Montebelluna, 2 de Pederobba, 1 de Miane, 1 de Schievenin y 9 ó 10 posiblemente de algún pueblo de otras provincias vénetas o lombardas. Con esto se confirma aún más nuestra tesis de que en Chipilo fue trasplantada una comunidad de familias de Segusino y sus alrededores, lo cual explica, entre otras cosas, que el dialecto hablado en Segusino haya sido el que predominó sobre los demás (Zago Bronca, 2002: 38-40).

de los lugares de origen se ha ido desvaneciendo en sus entrevistados (Sartor, Ursini, 1983). Como se anotó antes, parece que el primero en hablar de lengua koiné para el caso de Chipilo fue el lingüista Meo Zilio, aunque de manera general, pues su intención era estudiar las interferencias con el español, basándose en los estudios de Ursini (*Ibidem*) y haciendo una vaga referencia a algunos de los municipios de origen de los colonos fundadores entrevistando a los hablantes y no con un estudio detallado como el que se propone aquí en cuanto a orígenes. Escribe Zilio: «Se recuerda antes que nada que se trata de una koiné véneta de tipo alto-trevisano arcaizante o bajo-belunés cuyas características principales ya fueron señaladas por Ursini [...] Esto coincide también con los más comunes recuerdos toponomásticos que han quedado en la memoria de los hablantes (los cuales hacen referencia en entrevista precisamente a Segusino, Quero, Vas, Cornuda, Montebelluna, Feltre)» (Meo Zilio, 1987: 239). Pese a la presencia reiterada del municipio de Montebelluna tanto en Zilio como en Ursini, el autor ha encontrado a un único emigrante de ese municipio que no llegó a Chipilo y del que se supo sólo por archivos mexicanos pues no aparece en ninguna lista oficial (quizá llegó soltero y por iniciativa propia después de 1882 como otros cuantos vénetos hallados en archivos). Es posible que esta confusión se dé por la importancia económica del lugar en las zonas de origen, donde había un importante mercado y algunos de los fundadores de Chipilo contrajeron matrimonio sin ser originarios de ahí.



Los números ofrecidos ahí son incorrectos y aquella alabanza hacia Segusino parece un delirio. En cuanto a la web, las cosas no son distintas. Tanto en la página oficial del municipio de Segusino como en la de su Pro loco, encontramos el mismo discurso.

Il paese conobbe nel tempo importanti fenomeni migratori, primo fra tutti quello verso il Messico (1882) dove venne fondato il paese di Chipilo (e dove si parla tutt'oggi il dialetto segusinese) (Pro loco, 2021, sp).

5. La variedad véneta fundadora de Chipilo: el véneto de Volpago

La historia de la Fernández Leal comienza realmente el sábado 1 de julio de 1882 (Medina De Santiago, 2013) y no el lunes 2 de octubre de ese mismo año, como se suele repetir en los estudios sobre el actual Chipilo, siguiendo los documentos oficiales y, sobre todo, la fundación simbólica, asociada al culto religioso, que los colonos inmigrantes decidieron realizar el sábado 7 de octubre del mismo año 1882. Esta primera etapa de tres meses siempre ha sido confundida en los estudios – suele decirse que estos colonos llegaron después y no antes, por ejemplo – o simplemente olvidada. Pero hay un hecho irrefutable: en esos meses se comenzó a hablar en el futuro Chipilo una de las variedades vénetas que integraron la koiné que permanece hasta hoy.

Al menos la historia etnolingüística y cultural de la Fernández Leal se inaugura ese 1 de julio, aunque aún no fundada oficialmente. Es, ante todo, la primera vez que en Chipilo se habló y escuchó la hoy famosa lengua véneta conservada por ya casi un siglo y medio, cuando llegaron esos ocho miembros de la familia Mion con su variedad de la fracción del municipio de Selva de Volpago, en Treviso: los verdaderos pioneros de la lengua véneta que se escuchó desde esos tres meses olvidados por los estudiosos del fenómeno lingüístico chipileño. Esa variedad fue la fundadora del véneto conservado en Chipilo, hablada por los integrantes de la familia Mion y por otras 23 personas del mismo municipio o de otros cercanos como quienes emigraron desde Volpago pero nacieron en municipios limítrofes como Nervesa, Trevignano, Povegliano, Susegana, Paese y Giavera; los propios Mion eran originarios de Nervesa, por lo que se pudo indagar, a finales del siglo XVIII e inicios del XIX: aparecen en 1813 en Volpago bautizando una hija; el más viejo de los Mion emigrados a México nació en Selva de Volpago en 1825¹⁶.

Los Mion son la única familia del actual Chipilo que vivió la llamada preparación de la colonia, la fundación, su paso de colonia a pueblo y todas las vicisitudes de la comunidad lingüística que sigue siendo Chipilo. En segundo término, llegada el mismo día que la anterior pero desaparecida para la lista de colonos de 1883, fue la de Caltana, Santa Maria di Sala, provincia de Venecia, con los Masetto.

¹⁶ Para todos estos datos agradezco al registro civil de Volpago del Montello y en especial a Maria Teresa Stefani de la parroquia de Selva de Volpago, que ha respondido con interés y paciencia todas mis solicitudes de información vía e-mail.



Los vénéto hablantes de ambas variedades provenían del fracaso de la colonia Porfirio Díaz en Tlaltizapán, provincia de Morelos¹⁷, en calidad de reubicados, según el gobierno pero, en realidad, enviados allí por el funesto secretario de fomento, colonización e industria, Carlos Pacheco, a las tierras infaustas cuya mala calidad él conocía mejor que nadie por haber sido suyas antes de deshacerse de ellas al dejar su faceta de hacendado en Puebla para dedicarse a la política.

Todas las otras familias vénéto presentes hoy en Chipilo comenzaron su contribución a la Fernández Leal sólo a partir de la llegada masiva el 2 de octubre de 1882 y su fundación oficial el día 7. Algunas otras familias presentes hoy en Chipilo comenzaron a interactuar con sus fundadores años después, procedentes de otras colonias.

Ese gran éxodo del que Segusino sigue nutriéndose para todo tipo de iniciativas – y sin negar que algunas hayan sido buenas en estos 40 años –, fue de 211 personas. Este número, según el censo de la población segusinesa de 1881 hecha por el Instituto nacional de estadística (Istat) (Tuttitalia.it, 2011), representa apenas un 10.62%. Segusino estaba formado por 1.985 personas un año antes de la emigración a México, número incluso superior a las décadas anterior y posterior; y, si calculamos a los segusineses que realmente llegaron al actual Chipilo (146 personas), entonces el porcentaje baja a un 7.35%, más ese 3.27% de olvidados por Segusino que constituyen las 65 personas llegadas a otras colonias. Algo extraño tendría que haber sospechado Segusino al no existir en Chipilo ninguna familia de apellido Coppe ni Stramare: los dos históricamente más difundidos en ese pueblo. Sí llegaron, pero los Stramare a la Porfirio Díaz, luego a la Díez Gutiérrez para terminar emigrando hacia Estados Unidos; y los Coppe también, pero a la Aldana: siguen en México, pero dispersos.

Mientras estos 65 segusineses se dispersaban y asimilaban cultural y lingüísticamente en México, en Chipilo sucedía una labor sociolingüística comunitaria con vénéto de 12 municipios de las provincias de Treviso y Belluno, más algunos lombardos y piamonteses que se incluirían con los años. Y así como los segusineses desconocen el número de sus emigrados a México, tampoco saben la fecha exacta en que esa variedad local se escuchó por primera vez en México, es decir, el 24 de febrero de 1882, a la llegada del vapor Messico al puerto de Veracruz para fundar el 12 de marzo la colonia Porfirio Díaz y más tarde La Aldana y la Díez Gutiérrez: antes de que el segusinés se escuchara en Chipilo. Por ende, el verdadero vénéto segusinés de 1882 se estaba hablando ya ese 1 de julio en México, pero en otras colonias.

¹⁷ La lista con los colonos asignados a esta colonia pertenecen al Grupo documental colonias, Colonia Porfirio Díaz, Expediente B del Archivo histórico de terrenos nacionales de México.



Tabla 1 - Distribución de los 211 emigrantes de Segusino llegados a México entre febrero y septiembre de 1882

Movimiento entre colonias	Personas	Porcentaje
Segusineses que se quedaron en Chipilo desde 1882	107	50.71%
Segusineses llegados a la Porfirio Díaz en 1882	43	20.38%
Segusineses que abandonaron Chipilo desde 1883	39	18.48%
Segusineses llegados a la Diez Gutiérrez en 1882	11	5.21%
Segusineses llegados a La Aldana en 1882	11	5.21%

Fuente: Elaboración del autor con datos de registros civiles y parroquiales italianos y mexicanos consultados a lo largo de su investigación (2014-2021).

El olvidado 24 de febrero de 1882, además de la de Volpago, comenzaron a resonar en México las variedades vénetas de Segusino, Valdobbiadene, San Pietro di Barbozza de Treviso, y también las de Lentiai y Mel de Belluno, además de la de Campodoro en Padua, la de Santa María de Sala en Venecia y la de Dolcè en Verona, sumadas a la de Megliadino San Vitale, en Padua y a la de Brentino Belluno en Verona, llegadas el 19 de octubre a la Manuel González, aunque el destino de todas ellas, incluida la de los segusineses no emigrados a Chipilo o que lo abandonaron, sería la muerte lingüística a causa de la asimilación cultural. Por tanto, la *segusinità* florece o se marchita según el lugar al que sus portadores llegan.

6. Análisis de las listas de emigración y censos

Las listas de emigración que el gobierno mexicano levantaba en la Fernández Leal son documentos invaluable para conocer aspectos importantes de los colonos inmigrantes. En general, los nombres y apellidos son legibles y están correctamente escritos. Posiblemente quienes las redactaban tenían algún documento italiano sobre cada familia que se presentaba a su pase de lista.

Por motivos ajenos a nuestra voluntad, salvo en el caso de los censos de 1895 y 1900, nunca hemos visto ninguna de las cuatro listas ni en original ni en copias fotostáticas o digitalizadas en fotografías. El análisis que presento se basa en la publicación de la primera, datada el 5 de diciembre de 1882, y de la última, del 1 de agosto de 1888, tanto en Sartor y Ursini (1983) como en Zago Bronca (2007). En este último basaré mi estudio de las dos listas intermedias: las fechadas el 1 de junio de 1883 y el 1 de marzo de 1885 (Zago Bronca, 2007).

Las tablas presentan la región o municipio de los colonos (algunos abreviados para facilitar su lectura como Alano por Alano di Piave, Barbozza por San Pietro di Barbozza, Volpago por Volpago del Montello, además de presentar en calidad de municipio a algunos que lo eran en el momento de la emigración aunque hoy sean sólo



localidades añadidas a otros municipios), el número de personas llegadas de cada zona y después el porcentaje de cada categoría. Por falta de espacio, no se presentan los apellidos de cada familia según su procedencia, según la intención original del ensayo.

El número de colonos fundadores también es irregular si se toma como referencia lo reportado oficialmente (570 personas, pero tomando en cuenta dos vacantes en la lista) y también los cálculos del historiador Agustín Zago Bronca (2007), que cuenta 568 personas pero olvida a los 5 colonos fallecidos antes de la elaboración de la primera lista oficial que estaban destinados a fundar la colonia y alguna palabra véneta pronunciaron también. Por tanto, de los 529 italianos que Zago propone, el autor cuenta 534 más los 39 mexicanos: 573 fueron los colonos totales que fundaron la Fernández Leal.

Tabla 2 - Total de 573 colonos fundadores de la Fernández Leal según región de origen enlistados el 05/12/1882

<i>Región</i>	<i>Personas</i>	<i>Porcentaje</i>
Véneto	457	79.76%
Lombardía	55	9.60%
México	39	6.81%
Trento	12	2.09%
Friuli	4	0.70%
Luogosano	3	0.52%
Génova	2	0.35%
Livorno	1	0.17%

Fuente: Elaboración del autor con datos de registros civiles y parroquiales italianos y mexicanos consultados a lo largo de su investigación (2014-2021).

En este primer y precario asentamiento fundador de 1882, el porcentaje de vénéto sube a un 85.58% si excluimos a los 39 mexicanos que residían más en sus casas natales que en la colonia (Zago Bronca, 2007). A este respecto, resulta impresionante cómo Ursini se aproximó tanto a estos porcentajes en su estudio (1983) revisando con atención la morfología de los posibles apellidos vénéto de la lista del asentamiento de 1882, sirviéndose de los principales repertorios de onomástica, entrevistando a algunos personajes de la zona de partida, entre la parte septentrional de la provincia de Treviso cercana al confín del sur de la provincia de Belluno y consultando la guía telefónica del área. Ursini hipotetizó un 84.3% de vénéto contra un 15.7% de no-vénéto o de proveniencia incierta (Sartor, Ursini, 1983) cuando el autor de este artículo, ya con datos precisos de los municipios de origen, calcula un 85.58% de vénéto (457 personas) contra un 14.42% de no-vénéto (77 personas).

Resulta abrumadora la presencia de 12 municipios vénéto, 8 de la provincia de Treviso y 4 de la provincia de Belluno que se impondrán en años siguientes, con predominancia



trevisana: es decir, 448 vénetos, 299 trevisanos (66.74%) y 149 beluneses (33.26%). Sólo eran 86 colonos de otras variedades vénetas y etnias que terminaron abandonando la comunidad, lo que significaba un porcentaje de 83.89% sobre 16.11%.

Por tanto, con las maniobras de los agentes de emigración que, como se explicó antes, trajeron a México un pequeño porcentaje de vénetos de Venecia, Padua y Verona – todas ellas variedades que se perdieron – y un definitivo porcentaje mayoritario de vénetos de Treviso y Belluno, de los cuales se perdieron las variedades de Lentiai y Mel llegadas a la Manuel González, Chipilo estaba destinado a conservar la variedad septentrional de la lengua véneto, también conocida como véneto de montaña, belumat, feltrino-belunés o bajo belunés y alto trevisano (Sartor, Ursini, 1983); curiosamente, una de las variedades más marginales de las siete provincias de la región del Véneto – donde se le otorga mayor importancia a la variedad veneciana –, pero también lengua materna de los dos poetas vénetos más importantes en los últimos tiempos: Andrea Zanzotto [1921-2011] de Pieve de Soligo y Luciano Cecchinell [1947-], de Revine Lago. Variedad rústica la septentrional: fuerte, algo árida, monosilábica y consonántica, en ocasiones incluso más evocadora de lenguas germánicas que romances por su peculiar caída de vocales finales y sus terminaciones en «-on» tanto en sustantivos, adjetivos y conjugaciones verbales, contra la mayor dulzura de las variedades veneciana y otras cercanas, más semejantes a la cadencia del italiano. Esa, la rústica de montaña, es la que los chipileños han preservado durante 139 años, al igual que el trabajo de sus antepasados pastores.

En cuanto al fenómeno de “segusinización”, aun si hubieran permanecido todos los fundadores en 1882, los segusineses, con 146 personas (25.57%) habrían tenido que imponer su variedad a un porcentaje de 74.43% hablantes de otras, incluida la mexicana local; si contamos solamente a los inmigrados de diferentes regiones y etnias de Italia, los segusineses habrían representado un 27.34% contra un 72.66% y, por último, tomando solamente a los colonos fundadores de las provincias de Treviso y Belluno, la variedad segusinesa habría representado 32.59% contra 67.41%. Lo anterior sin tomar en cuenta ese 18.48% de segusineses que abandonó la colonia en los primeros meses de 1883: 39 individuos.

Da la impresión, entonces, de que la koiné formada en Chipilo, máxime tomando en cuenta los porcentajes de las listas siguientes, se formó con ese 66.74% de variedades trevisanas contra 33.26% de variedades belunesas, más que imponiéndose el segusinés.

Cabría además preguntarse por primera vez el motivo de la superioridad numérica de ese pueblo: muy posible resulta la hipótesis de reclutadores lugareños trabajando para los agentes de emigración, habida cuenta de la conveniencia de que alguien conocido persuadiera a sus compueblanos en su misma lengua, factor lingüístico que nunca ha sido mencionado en la bibliografía mexicana al respecto, pero sí para justificar que las diferencias lingüísticas causaron la pérdida de lenguas en las colonias fundadas excepto en Chipilo, desconociendo que el trentino, lombardo y véneto son mutuamente inteligibles y proclives por tanto a formar una koiné. Las explicaciones de la muerte lingüística del trentino en la Manuel González y la Díez Gutiérrez son risibles en los dos libros dedicados a esa etnia (Tommasi, Zilli Manica,



2006; 2007). El autor está en proceso de confirmar la hipótesis del reclutador para el caso de Chipilo, al menos de los segusineses.

Los municipios vénetos de los que llegaron más inmigrantes son, en orden decreciente, Segusino (211 personas), Lentiai (138 personas¹⁸), Volpago (108 personas¹⁹), Quero (105 personas), que parecían funcionar como municipios emigratorios y después, como también para los casos de Trento y Lombardía, los restantes emigrantes provenían en menor cantidad de municipios vecinos o cercanos, de modo que sí habría sido posible una koiné al menos en la Manuel González pues, aparte de la inteligibilidad entre trentino, lombardo y véneto, todos hablaban variedades cercanas de esas tres lenguas. Si no ocurrió este fenómeno lingüístico que habría podido ser incluso más complejo que el de Chipilo y más parecido a lo sucedido con el *taliàn* de Brasil, fue porque los colonos no necesitaron sus lenguas para lo que les interesaba en la cotidianidad.

¿Dónde, en cambio, habría sido imposible el mantenimiento de una lengua o la formación de una koiné entre variedades cercanas del mismo idioma o entre lenguas inteligibles por motivos extralingüísticos?

En principio, en la Porfirio Díaz, que se desintegró en cuestión de meses en forma masiva y en unos cuantos años más lentamente quedando sólo la familia Olivetto de Campodoro, Padua, pese a haber sido la más numerosa en su fundación: 597 colonos de los que quedaban sólo 19 en 1902 (Zilli Manica, 2002). Luego en la Aldana por la raquíca cantidad de colonos establecidos, pese a ser casi todos vénetos de Volpago y pueblos aledaños: 124 personas, de las que quedaban 89 en 1902 (*Ibidem*) y pese a que hubo ahí una endogamia que casi nos llevaría a afirmar que se casaron todos con todos según los archivos analizados, contradiciendo así los prejuicios y desatinos de Martínez Rodríguez (2013) que atribuye la conservación del véneto chipileño a la endogamia, a la homogeneidad de los colonos y a su sentimiento de superioridad con respecto a indígenas y al mestizo mexicano en general cuando hoy los chipileños tenemos que soportar los discursos de aquellos descendientes de colonias asimiladas cultural y lingüísticamente que enarbolan sólo un apellido o su sangre como única raíz concreta. Tampoco habría sido posible una koiné en la Díez Gutiérrez, pese a haber contado con 410 colonos fundadores, pues se produjo una desbandada que dejó a sólo 84 italianos en 1902 (*Ibidem*), aunque se alega la dispersión de esta colonia hasta los años de la Revolución; ni tampoco en la Carlos Pacheco, quizá la única formada en su mayoría por lombardos, pues también se disgregó de 384 fundadores a 24 personas en 1902 (*Ibidem*).

¹⁸ Todos ellos llegados a la Manuel González en el último viaje del vapor Atlántico. En los documentos oficiales se consigna que en ese último viaje fueron enviadas 19 familias con 219 personas (Zilli Manica, 2002); sin embargo, el autor contó un total de 212 personas: las 138 de Lentiai, 31 del vecino Mel, 37 de Nervesa y 6 de Volpago. En total, los vénetos de esta colonia fueron 248 sumando a los 11 paduanos y 6 veroneses llegados en 1881 y a los 27 reubicados desde la Porfirio Díaz. Se trata, tras Chipilo, de la segunda colonia con mayor presencia de vénetos en México.

¹⁹ Llegados casi todos a la Porfirio Díaz y a la Aldana pero todos los volpagueses de la primera colonia fueron reubicados.



Si bien Martínez Rodríguez (*Ibidem*) proporciona datos interesantes en cuanto a la planeación, formación y desarrollo de las seis colonias, en temas culturales y lingüísticos sus planteamientos, máxime en cuanto a Chipilo se refiere, son de una arbitrariedad ofensiva. Llega incluso a confundir los términos dialecto, véneto e italiano en una misma página y atribuye a la enseñanza escolar de esta última lengua – por obra de grupos fascistas llegados al pueblo en 1924 – la conservación del véneto chipileño, cuando está probado por los lingüistas que enseñar la lengua dominante de una nación en vez de la minoritaria, más que fortalecimiento, implica daño (Montagner Anguiano, 2005). Opinar eso significa olvidar que para 1924 Chipilo ya llevaba 42 años hablando su lengua y que los fascistas deseaban homologar lingüísticamente tanto a Italia como a los descendientes desperdigados por el mundo.

Ser chipileño significa «un estigma social equivalente al de los indígenas; un estigma que a veces se atenúa, pero otras se agrava, por atrevernos a ser tan *italindios*, tan *chipilindios*, pero blancos» (Montagner Anguiano, 2018: sp). Es importante señalar que tanto la cultura como la lengua de Chipilo han sido desde siempre víctimas de discriminación. Si bien es cierto que las actitudes y el prestigio lingüístico interno de los hablantes hacia su propia lengua puede ser mucho más positivo que el de los hablantes de lenguas originarias mexicanas, en cuanto a actitudes lingüísticas de forasteros y prestigio externo la lengua chipileña goza de muy escasa apreciación. La discriminación lingüística al véneto chipileño se produce cuando un foráneo cree que en Chipilo se habla italiano²⁰ y descubre que es un dialectito (el mexicano está acostumbrado a llamar dialecto a las lenguas indígenas). Se dan entonces calificativos como hablan un italiano chafa, un italiano mezclado con español o incluso hay gente que cree que la lengua chipileña es un invento de sus propios hablantes; que los chipileños hablamos «un italiano champurrado impuro del siglo 17» (De La Madrid, 2002: sp), publicado a nivel nacional impunemente en el diario *La Jornada*. Cuando se habla de discriminación lingüística o cultural en México es casi imposible que se enliste entre las lenguas y culturas que sufren estos ataques a las propias de Chipilo porque son de blancos. El lingüista véneto Michele Brunelli también denunció esta situación: «En México las minorías son pobres y parece extraño que un pueblo de gente blanca y rubia quiera presentarse como una minoría. Mientras, parece que un estudiante fue denunciado por haber dicho “somos mexicanos de lengua y tradición vénetas”. ¿Ser véneto es un delito? ¿Es una culpa?» (Brunelli, 2018: 46). Lo hacen incluso los más reconocidos académicos del racismo y la discriminación en México (Navarrete^a, 2017), aun si trata el asunto de la hoy llamada *blanquitud* y la mezcla racial.

Reyes Kipp (2005), más allá de las novedosas contribuciones al caso Chipilo, también atribuye a la endogamia de los chipileños la conservación de la lengua y cultura de Chipilo y a la exogamia de otras colonias su pérdida. Parece olvidar que varios de sus planteamientos para la Fernández Leal se inscriben en un idéntico

²⁰ Tal creencia no sólo se da entre la gente desinformada culturalmente, sino incluso en medios de comunicación nacionales o en premiadas novelas de consagrados escritores mexicanos: «Si vamos a Chipilo oírá italiano, porque allí se estableció una colonia que hace mantequilla, queso y salami», ríó Braulio (Poniatowska, 2001: 150).



panorama para las restantes colonias italianas: «Es en el contexto de la validación política de una identidad y cultura rural (la del pequeño propietario blanco) y de la negación de otra (la del indio sometido al pasado colonial) que la comunidad de Chipilo se incorpora al paisaje agrario mexicano. En este sentido, la raza y la etnicidad se vuelven identidades políticamente relevantes» (Ivi, 20-21). Reyes Kipp se extralimita en los privilegios recibidos por los fundadores de Chipilo por parte del gobierno mexicano y, a diferencia de Vázquez Castillo (2007) y de Medina De Santiago (2017), omite en su trabajo la comparación con las demás colonias, no desmenuza las penurias vividas por los fundadores en los primeros años de la colonia y, lo que es peor, parece olvidar que los colonos fueron traídos a México precisamente por considerarlos agrotecnológicamente más avanzados que los indígenas²¹ y que, como extranjeros, era menester que el gobierno los apoyara al menos en los primeros años a fin de que pudieran adaptarse a la nueva nación.

Asimismo, tampoco parece interesarle el hecho de que se trató por obvias razones de una etnia alóctona: «ni las instituciones ni los propios chipileños se ven a ellos mismos como campesinos²², indígenas²³, peones²⁴ o ejidatarios» (Ivi: 25). La autora sólo logró desmentir la idea chipileña de que el ejido es ajeno a ellos. Incluso dos colonos de la Fernández Leal fueron expulsados de Chipilo y de México tras denunciar al proyecto de colonización como *trata de esclavos blancos* en un periódico de la época (Zilli Manica, 1989).

Por desgracia, al ser en México el racismo hacia los blancos un tabú, la mayoría de los estudios sobre Chipilo se concentran en la endogamia y el racismo de chipileños a indígenas y

²¹ En la tradición oral y en estudios (Sartor, Ursini, 1983; Vázquez Castillo, 2007) se menciona la ventaja que significó el uso de la guadaña contra el tradicional mexicano del machete en la siega de forraje a la llegada de los colonos a la Fernández Leal, el hecho de que los indígenas de pueblos aledaños no conocían la técnica de abonar la tierra y usaban el estiércol, seco y quemado, para calentar tortillas; incluso una exposición agropecuaria nacional en 1896 donde se exhibieron estas y otras herramientas, técnicas, prácticas, alguna que otra vaca y hasta los zuecos de madera cuyo uso el gobierno pretendía difundir entre los indígenas.

²² Lo fueron en los primeros años pero por iniciativa propia y como único medio de supervivencia se convirtieron lentamente en ganaderos, como bien lo exponen Vázquez Castillo (2007) y Medina De Santiago (2007). Además, cabría revisar las diferencias semánticas y socioculturales que los colonos encontraron entre ser *campesino* en el México de esa época y haber dejado de ser *contadino* o *villico*, pues en véneto chipileño se perdió el vocablo *contadín* y ni el término *campesino* o *ganadero* se tomaron como préstamos, sino que se recurre a perífrasis del tipo *tener vacas*, *trabajar el campo* y en ocasiones se usa *vaquero* en véneto, si bien tiene más la acepción de empleado de establo que de dueño de él. Por último, y al menos desde la fundación de la colonia hasta los últimos documentos de diversos registros civiles a los que perteneció la Fernández Leal hasta tener el propio en 1954, se les calificaba en actas como campesinos, agricultores. La primera vez que el autor encontró la palabra *vaquero* en el sentido de *ganadero* fue en el registro parroquial de Chipilo en un matrimonio de 1929. En la actualidad se les califica como ganaderos.

²³ No podían, por razones evidentes, considerarse tales: eran extranjeros, inmigrantes y pertenecían a una etnia distinta que, como se dijo, no ha sido reconocida aún en el País. Sólo en este sentido es verdad su afirmación de que ni las instituciones los consideran indígenas pues, como hemos visto, el propio Inali mencionó a los chipileños sólo para excluirlos.

²⁴ Lo fueron cuando salían de la colonia a trabajar como tales, según da cuenta Egisto Rossi (Zilli Manica, 2002).



mestizos mexicanos, pero el autor no ha visto hasta hoy ningún estudio serio que profundice además en las consecuencias del sistema de castas mexicano y lo que esto provoca en la mayoría de los intentos de acercamiento de no-chipileños a chipileños: autorracismo o racismo inverso – muchas veces mencionado sólo para negar su existencia (Montero Flores, 2021; RacismoMX, 2020) –, clasirracismo: ni siquiera le queda claro ya al autor cómo debe llamársele a esta práctica mexicana que aún subsiste. Incluso, hace pocos años, se ha acuñado en México el término *whitexican*, en el cual los chipileños, al provenir de lo rural, tampoco encajan (Infobae, 2021).

Considero entonces importante que los intelectuales mexicanos del racismo dejen de tomar el encuadre estadounidense para discutir el racismo nacional: que ahonden en eso que pasan por alto casi como si de un chiste se tratara, como la espantosa frase *mejorar la raza* (Balderas, 2017: sp) y buscar otro, si no gusta el término *racismo inverso* para denominar lo que el mexicano promedio anhela: blanquearse (Navarrete^b, 2017: sp).

Lo cierto es que, así como hay términos clasificatorios neutros y otros despectivos de los chipileños hacia los indígenas y mestizos mexicanos, mismos que han sido puestos en evidencia en algunos estudios (Sbrighi, 2018), también es verdad que existen términos peyorativos de los no-chipileños hacia estos:

Está muy extendida entre quienes rodean a los chipileños la costumbre de considerarlos racistas por el hecho de que exista en la comunidad un orgullo racial y un deseo por preservar los rasgos que definen a los chipileños como tal.

Si bien es verdad que en los chipileños puede haber racismo, también es cierto que en muchos foráneos existe un autorracismo que se manifiesta en la valoración que reciben los pobladores de Chipilo por ser güeros, así como también la creencia generalizada de que los chipileños son gente vanidosa y agresiva; es una muestra de lo que ocurre cuando chocan las culturas.

Algunos ejemplos de calificativos denigrantes que emplean los foráneos para referirse a los chipileños son: *italindios*, *chipilindios*, *italianos chafa*, *indios güeros*. Como observamos, el común denominador en tales calificativos es el confrontamiento del elemento extranjero con el elemento indígena. Es decir, en la ideología del mexicano no es posible la convivencia entre lo blanco y aquello que está relacionado con el campo. En el estereotipo mexicano sobre las etnias blancas siempre está incluido lo estético, lo económico y lo urbano. Al ver a un güero trabajando en el campo o entre vacas, el estereotipo mexicano se confunde y aflora entonces la palabra *indio* con intenciones ofensivas.

Frecuentemente al chipileño le es negado su derecho a las raíces étnicas vénetas o italianas y como argumento se recurre al hecho de que los chipileños han nacido ya en México y «deben aguantarse» o que por haber nacido aquí «son más mexicanos que el nopal». Es obvio que en tales comentarios se percibe intolerancia a la diversidad étnica (Montagner Anguiano, 2003: 152).

Para cerrar esta digresión sobre endogamia, racismo y discriminación, el autor confiesa haber quedado atónito al escuchar al actor Tenoch Huerta, más conocido quizá por su discurso sobre racismo que por su propio trabajo actoral, haciendo la siguiente declaración:

Eso en el caso de las élites; en el caso de la gente común y corriente que es blanca [...] que te zapeen en la secundaria por ser blancos es producto del mismo racismo, porque has sido, te han ofendido tanto por ejemplo por ser moreno, por ser pobre, por ser indígena, que el día que llega ese que es el objeto de tu



deseo pero también el objeto que odias, lo vas a tratar de destruir porque estás resentido [...] pero no es racismo: es discriminación (Astillero, 2020).

Tabla 3 - Origen de los 534 colonos italianos de la lista de 1882 según su municipio de partida

<i>Municipio</i>	<i>Personas</i>	<i>Porcentaje</i>
Segusino	146	27.34%
Quero	105	19.66%
Lombardía	55	10.30%
Valdobbiadene	54	10.11%
Barbozza	35	6.55%
Volpago	31	5.81%
Feltre	17	3.18%
Vas	16	3.00%
Miane	13	2.43%
Maser	12	2.25%
Trento	12	2.25%
Alano	11	2.06%
Venecia	9	1.69%
Barcis	4	0.75%
Cornuda	4	0.75%
Pederobba	4	0.75%
Luogosano	3	0.56%
Génova	2	0.37%
Livorno	1	0.19%

Fuente: Elaboración del autor con datos de registros civiles y parroquiales italianos y mexicanos consultados a lo largo de su investigación (2014-2021).

Ursini subrayó que los estudios exactos de las diferencias entre las variedades vénetas trevisanas y belunesas en sus zonas limítrofes, constituidas por pueblos de ambas provincias divididas por el río Piave, no resultan fáciles de clasificar, pues existen incluso zonas llamadas «de interferencia trevisano-belunesa» (Sartor, Ursini: 143).

Consideramos que es en 1883 cuando se inicia el proceso de koiné de las variedades vénetas en contacto, pues se ha ido la mayoría de lombardos, todos los trentinos, la familia friulana y, a siete meses de fundada la colonia, quedan 303 colonos.

Es interesante notar cómo, a partir de 1883 y hasta 1888, los segusineses fluctúan entre 34.53% y 36.30%.



Tabla 4 - Porcentajes de los 303 colonos italianos según la segunda lista del gobierno mexicano el 1 de junio de 1883

<i>Municipio</i>	<i>Personas</i>	<i>Porcentaje</i>
Segusino	110	36.30%
Quero	73	24.09%
Valdobbiadene	24	7.92%
Feltre	15	4.95%
Barbozza	12	3.96%
Miane	12	3.96%
Maser	12	3.96%
Vas	10	3.30%
Volpago	8	2.64%
Alano	8	2.64%
Marnate	5	1.65%
Cornuda	4	1.32%
Pederobba	4	1.32%
Luogosano	3	0.99%
Génova	2	0.66%
Livorno	1	0.33%

Fuente: Elaboración del autor con datos de registros civiles y parroquiales italianos y mexicanos consultados a lo largo de su investigación (2014-2021).

Los colonos italianos han quedado sin 231 personas que abandonaron la colonia²⁵, con lo cual el lombardo, que ya el 5 de diciembre de 1882 representaba sólo el 10.30%, perdió fuerza ante el véneto. Ahora solamente son los de Marnate quienes seguirán hablando bustocco. Sobre todo, los Colombo con sus hijos en familia, pues Lavazza se casó con una véneta. Igual con el irpino que habló Petrillo en familia. Aunque había algunos intérpretes en la colonia, no podemos saber en qué lengua se comunicaban estos colonos con los vénetos.

²⁵ Medina De Santiago (2013), revisando los documentos del Archivo histórico de terrenos nacionales al que este autor no ha tenido aún acceso, señala 227 individuos que decidieron dejar la Fernández Leal en junio de 1883, de los que se contabilizan 94 personas en 27 familias movilizadas hacia la colonia Díez Gutiérrez, 11 personas de tres familias hacia la Carlos Pacheco y 95 personas de 28 familias que se fueron por cuenta propia. No proporciona apellidos de las mismas y considera aventurado proporcionar el número de colonos que permanecieron en la colonia por la dificultad para diferenciar entre familias nucleares y familias compuestas. Según nuestros cálculos, siendo 303 los colonos de la lista de ese año, sólo habría 4 personas no incluidas en tal movilización: indudablemente la familia Sartor, de Volpago, formada por cuatro individuos más un recién nacido en junio pero registrado hasta octubre de 1883: salieron con permiso superior para separarse de la colonia, hecho notificado formalmente el 24 de febrero de 1885 (Zilli Manica, 2002).



Tabla 5 - Porcentajes de 315 colonos italianos, según la tercera lista del 1 de marzo de 1885

<i>Municipio</i>	<i>Personas</i>	<i>Porcentaje</i>
Segusino	109	34.60%
Quero	76	24.13%
Valdobbiadene	33	10.48%
Feltre	16	5.08%
Barbozza	15	4.76%
Miane	14	4.44%
Maser	11	3.49%
Vas	9	2.86%
Volpago	9	2.86%
Alano	7	2.22%
Marnate	5	1.59%
Cornuda	4	1.27%
Luogosano	4	1.27%
Pederobba	2	0.63%
Livorno	1	0.32%

Fuente: Elaboración del autor con datos de registros civiles y parroquiales italianos y mexicanos consultados a lo largo de su investigación (2014-2021).

De 1883 a 1900 la situación de la lengua en la comunidad no cambió de modo significativo en cuanto a las variedades lingüísticas en contacto ni en número de hablantes. El uterotopo sloterdijkiano se afirmaba, así, con su fonotopo impenetrable durante décadas, sin olvidar las restantes dimensiones de la reducida isla antropógena que ya era el primer Chipilo.

En cuanto a los dos censos, el primero fue realizado el 2 de agosto de 1895 y el segundo el 28 de octubre de 1900. En 1895 existían en la Fernández Leal 447 colonos, si bien aparecen 445 personas censadas por haber dos nombres encimados en los números 238 y 338.

Son 438 colonos vénetos y lombardos: aparecen las familias Crivello-Zanatta llegada de la Manuel González, Codemo-Nani y Nani-Forni de Alano en Belluno. Y por fin aparecen los tres piamonteses que dejarían numerosa descendencia: Galeazzi de Arona (Novara), Dossetti de Martiniana Po (Cuneo) y el ingeniero civil Orlansino de Biella, todos casados con vénetas. Asimismo, el genovés Luigi Gardella, cocinero, también casado con una véneta; además de 6 mexicanos: la familia Brito, a la cual pertenecía la maestra de la colonia, que se casaría con tres vénetos; además de Febronia Aguilar, originaria de San Nicolás de los Ranchos, Puebla, que contrajo nupcias en 1894 con



Giovanni Battista Nani, originario de Alano en Belluno: el primer matrimonio exogámico de la comunidad.

En el censo de 1900 – el último que conocemos, cuando el actual Chipilo dejó de ser colonia en 1899 para convertirse en pueblo – encontramos 494 personas: 487 de origen italiano más sus hijos mexicanos de primera generación y 7 mexicanos.

Ese número reducido de hablantes, tan sólo 487 personas, representa la última pista que tenemos de los perpetuadores del véneto-chipileño hablado hasta hoy, cantidad que pronto se reduciría por la salida de ocho familias, todas vénetas, a otras zonas de México. En dieciocho años de existencia de la colonia, esta lengua minoritaria fue arraigada y consolidada siempre por una cantidad menor a los 500 hablantes.

Tabla 6 - Porcentajes de 333 colonos italianos, según la última lista elaborada del 1 de agosto de 1888

Municipio	Personas	Porcentaje
Segusino	115	34.53%
Quero	80	24.02%
Valdobbiadene	34	10.21%
Feltre	17	5.11%
Miane	14	4.20%
Volpago	12	3.60%
Alano	11	3.30%
Vas	12	3.60%
Barboza	9	2.70%
Marnate	8	2.40%
Maser	7	2.10%
Luogosano	5	1.50%
Cornuda	4	1.20%
Pederobba	2	0.60%
Livorno	3	0.90%

Fuente: Elaboración del autor con datos de registros civiles y parroquiales italianos y mexicanos consultados a lo largo de su investigación (2014-2021).

Hay, sin embargo, una cifra de 1902 que resulta todavía más inquietante: en la visita que hizo Egisto Rossi a las colonias fundadas, encontró que para ese año los habitantes del actual Chipilo eran sólo 366 y atribuye tal número a la estrategia de trabajar e incluso vivir fuera de la comunidad por la insuficiencia de recursos que la misma ofrecía. Algunos se ausentaban durante toda la semana de modo temporal y otros residían fuera por más tiempo, lo que vuelve aún más sorprendente no sólo la



conservación de la lengua sino incluso la permanencia de la comunidad en sí (Zilli Manica, 2002).

Entre 1882 y 1900 se registran en suelo chipileño 86 matrimonios entre los colonos (también los primeros exogámicos: Nani-Aguilar en 1894 y Zanella-Brito en 1895). Resulta hoy imposible saber cómo se habló en casas de cónyuges nacidos en diferentes pueblos de Treviso y Belluno, cómo fue la adquisición lingüística de sus hijos. Finalmente, la verdadera escuela del véneto-chipileño, en opinión de este autor, se dio fuera de cada familia. Siempre, hasta hoy, se impuso la colectividad sobre individuos y familias que debían dejar atrás idiolectos y ecolectos para adaptarse a la dinámica social del enclave.

7. Hipótesis sobre la koiné que creó la variedad véneto-chipileña

Es necesario reconocer que la conservación del véneto chipileño, antes de entrar en hipótesis sociolingüísticas, se debió, en primer lugar, a los errores logísticos cometidos por el gobierno mexicano, como el muy reducido número de hectáreas asignadas: 643.3, según datos proporcionados por el licenciado Arturo Berra, presidente del archivo histórico de Chipilo, situación que creó una comunidad compacta. En ese sentido, el patrimonio cultural intangible vivo de la comunidad es una anomalía resultante de las corrupciones y descuidos gubernamentales mexicanos, por no ir más atrás y mencionar las bajezas cometidas por agentes de emigración italianos y la muy posible presencia de al menos un reclutador ilegal nativo de alguno de los pueblos vénetos de origen. La sospecha recae sobre un segusinés que debió verse recompensado precisamente por la cantidad de gente salida de ese municipio.

Con los datos expuestos, bien se puede hipotetizar una pequeña y pronta koiné en la Fernández Leal, favorecida por la relativa cercanía de los pueblos trevisanos y beluneses involucrados, sin ningún municipio líder.

Para finalizar con los números, se muestra el origen de las 33 familias o apellidos del actual Chipilo. Los apellidos se reportan como eran escritos en Italia y, en caso de haberla, la tergiversación gráfica que sufrieron con la emigración y los años. Son solamente los apellidos paternos vigentes en la comunidad, iniciando con los vénetos y terminando con las otras dos etnias. No se incluyen apellidos de chipileños emigrados.

Las diferencias más notorias entre variedades cercanas pero cambiantes sobre todo en algunas cuestiones de léxico y fonéticas debieron irse perdiendo para no desentonar en las conversaciones que, durante los primeros años, según se relata oralmente, eran colectivas, como al reunirse los colonos para desgranar maíz y otras labores. Conociendo a los actuales chipileños y basándonos en la tradición oral y en la motivación de ciertos sobrenombres personales o familiares²⁶, quien hablaba distinto

²⁶ Con la muerte de las lenguas étnicas, por cierto, vemos también cómo en las colonias asimiladas los descendientes desconocen del todo la costumbre tan étnico-véneta de poner sobrenombres familiares en los pequeños pueblos de origen, que en Chipilo no sólo se mantienen sino que están en continua renovación (Sartor, Ursini, 1983), ya que forman parte de la propia lengua; vemos también cómo



podía ser blanco de burlas e incluso ser «bautizado» con un sobrenombre. No resulta difícil imaginar el afán de evitar la pronunciación de palabras, expresiones o fonemas de un ecolecto.

Meo Zilio en su estudio sobre Chipilo, lo plantea así: «Es probable que algunas de las variedades dialectales, al inicio de la comunidad, caracterizaran a hablantes provenientes de localidades diversas, incluso en el ámbito del mismo dominio altovéneto. Después ellas deben haberse mezclado en la *koinè*, generalizándose y volviéndose patrimonio común, con la posibilidad de oscilar y ser semánticamente intercambiables incluso al interior del habla de los individuos» (Meo Zilio, 1987: 262).

La variedad chipileña actual no está por completo estandarizada. Existen ciertas variantes en léxico, conjugaciones, preposiciones y fonemas incluso dentro de una misma familia.

No se trata solamente de la variedad del véneto chipileño, que no es igual a ninguna otra del mundo por sus características geográfico-socioculturales, sino también del “español chipileño”²⁷, es decir, el dialecto del castellano mexicano hablado sólo por chipileños.

pronuncian sus apellidos castellanizándolos como sucede a veces en Argentina, mientras que en Chipilo aún se pronuncian en véneto pese a que desde antes de emigrar se haya impuesto una escritura oficial italianizada o se hayan tergiversado en México (por ejemplo la pronunciación véneta de Crivel – que significa criba –, la escritura italiana Crivello y la tergiversación mexicana Crivelli), o han dejado de comprender su significado en lengua étnica. Para ejemplo mencionamos el hecho de que creen que el apellido Tagliapietra (picapedrero) es *Italiapietra* (*Italiapietra*) o cómo, al enterarse del sobrenombre Andolet (del véneto *àndol*: ángel en diminutivo), lo toman como nombre de clan sin significado y, al explicárselo, creen que era debido a alguna connotación religiosa y no por llamarse Angelo el emigrante o sus ancestros. El autor constató en diversos archivos vénetos la importancia de estos sobrenombres familiares, muchos de ellos documentados desde el siglo XVI, que casi fungen como un segundo apellido o incluso como un auténtico apellido cotidiano, no oficial, de los campesinos vénetos; en municipios como Seren del Grappa en Belluno, del que sólo se conoce la llegada de la esposa de un fundador de Chipilo, era anotado el sobrenombre incluso en el registro civil. Los habitantes del actual Chipilo no saben los nombres oficiales de sus calles y se guían por topónimos vénetos o sobrenombres de quienes viven en la zona (incluso se hace cada vez más fuerte el reclamo de renombrar calles con estos criterios); también se han dado casos de forasteros que preguntan por alguien con nombre y ambos apellidos y el vecino o incluso la madre del mencionado llegan a desconocerlo hasta que, con cierta timidez, la persona menciona, para más señas, el sobrenombre, y de inmediato el lugareño da con la persona buscada. El sobrenombre familiar por lo general no tiene la carga ofensiva que pudiera mostrar uno personal. Mientras más escasa la población de un municipio véneto, más homonimia y, por tanto, más necesidad de sobrenombres. En Chipilo algunos sobrenombres familiares pasaron de esposa a marido. Muchos de ellos están aún vigentes en los pueblos de origen y han servido a chipileños que viajan para encontrar familiares de la misma rama que sus antepasados pese a existir en el lugar más familias con idéntico apellido. En el caso del autor, no es lo mismo un Montagner Botèr de su rama que uno Munèr o Prìnzhipo. Tampoco es infrecuente encontrar en documentos oficiales mexicanos de la Fernández Leal un sobrenombre en lugar del apellido.

²⁷ Hace años, el autor lo denominaba “español venetizado” (Montagner Anguiano, 2003).



Tabla 7 - Origen de los 33 apellidos actuales de Chipilo: 10 familias llegadas de Segusino (30.30%) contra 23 (69.70%) de otros lugares

Municipio	Familia(s)	Cantidad	Porcentaje
Segusino	Berra, Bronca, Martini, Mello [Melo], Minute [Minutti], Montagner, Salvador [Salvatori], Zago, Zanella-Coppe, Zecchin o Zecchinello [Zecchinelli].	10	30.30%
Quero	Bagatella, Faccineto [Fascineto], Mazzocco, Spezia [Spezia], Stefanon [Stefanoni].	5	15.15%
Valdobbiadene	Pilon o Pillon [Piloni], Sebenello [Sevenello], Simoni, Vanzin [Vanzini].	4	12.12%
Feltre	Bortolot o Bortolotto [Bortolotti], Merlo-Zabona.	2	6.06%
Miane	Bortolini, Merlo-Monegat.	2	6.06%
Volpago	Mion [Mioni].	1	3.03%
Maser	Precoma.	1	3.03%
Cornuda	Barbisan [Barbizani].	1	3.03%
Vas	Zanella-Dallo.	1	3.03%
Barbozza	Crivel o Crivello [Crivelli].	1	3.03%
Piamonte	Galeazzi (Arona), Dossetti (Martiniana Po), Orlansino (Biella).	3	9.09%
Lombardía	Colombo, Lavazza [Lavazzi] (Marnate, Varese).	2	6.06%

Fuente: Elaboración del autor con datos de registros civiles y parroquiales italianos y mexicanos consultados a lo largo de su investigación (2014-2021).

Se trata de un castellano popular, aprendido de los pueblos aledaños que alguna vez hablaron náhuatl²⁸, más calcos lingüísticos del véneto, cuando no directamente introducir algún vocablo véneto al hablar castellano, y también circunstancias fonéticas, como la imposibilidad de algunos hablantes de pronunciar la /r/ y la /rr/, que produce frases como «perro los peros no ladraron»; o la interesante transferencia de los adverbios vénetos *su* y *do* (*arriba* y *abajo* usados en sintagmas verbales como *ndar su*

²⁸ De hecho existen en el propio véneto chipileño algunos nahuatlismos tempranos estudiados por este autor que presentan la curiosidad de que los primeros colonos escuchaban vocablos terminados en /e/ o en plural /es/ y los creían sustantivos femeninos (como “*scarp-a*”, zapato, y “*scarp-e*”, zapatos), lo que produjo que en véneto y también en español chipileño algunos hablantes digan *aguacata* y *chila* en vez de aguacate y chile) (*Ibidem*).



para *subir* y *ndar do* para *bajar*) que son traducidos literalmente en español chipileño: frases como «subí a tu casa pero no había ninguno» por «fui a tu casa pero no había nadie». Otro caso interesante es el uso como alófono de la fricativa postalveolar sorda /ʃ/ en sustitución, sobre todo en el sexolecto masculino arcaizante, de la fricativa alveolar sorda /s/ o “ese sorda”, lo que produce frases como “shon mi” (*soy yo*) o “shtamatina ò moldesht” (*esta mañana ordeñé*). Lo más curioso es que hay casos en que este alófono es reproducido no en véneto sino sólo en español chipileño.

Para finalizar con los calcos, hay que mencionar que, en véneto chipileño, *taliàn* significa tanto el gentilicio chipileño como la lengua chipileña, mientras que *mesicàn* significa tanto mexicano como no-chipileño. Innumerables malentendidos involuntarios de lugareños diciendo en español: «hablo *italiano*», «no era *italiano* sino *mexicano*» o peor, por la semejanza entre el sustantivo *paese* con acepción de pueblo y país: «¿Por qué vienen los *mexicanos* a nuestro *país* si les molesta el olor a vaca?».

8. Situación actual de Chipilo: autoctonía-aloctonía, alarido, duelo y mito

La vitalidad del véneto chipileño no pinta nada bien. Esta lengua, así como también la variedad chipileña, están incluidas como vulnerables en el *Atlas interactivo Unesco de las lenguas en peligro en el mundo* (Moseley, 2010). Desde 1980, pero más a partir de 1990 y años recientes, vemos un ataque de empresarios y funcionarios que pretenden lucrar con Chipilo, como también por especuladores inmobiliarios que buscan gentrificar la comunidad convirtiéndola en «la pequeña Italia de México». La idea surgió del éxito del pueblo artificial inspirado en la Toscana con intereses económico-turísticos de nombre Val’Quirico en Tlaxcala²⁹; por tanto, lo que ocurre bien podría llamarse «val’quiriquización de Chipilo».

Para peor, hace años los políticos de la ciudad de Puebla idearon la expansión incontenible de la misma precisamente en la zona conurbada aledaña a Chipilo, ofreciendo «la zona más exclusiva de Puebla» sobre tierras malbaratadas de pueblos grises, casi fantasmales, habitados por mujeres, niños y ancianos porque su juventud fluctúa entre trabajar en establos o carpinterías de Chipilo y lanzarse como indocumentados a Estados Unidos, situación que los chipileños conocen gracias al trato con sus lugareños. La intención es unir Puebla con el municipio de Atlixco a través de la carretera federal que los separaba años atrás con paisajes de pueblos rezagados, hoy convertidos en fachadas con toque urbano y esnob, aunque detrás continúe el rezago. Será difícil resistir a la presión de pueblos aledaños que se han vendido a desarrolladores voraces. Asimismo, se reducen establos chipileños que sucumben y aumentan anuncios de venta o renta de terrenos y casas.

¿Cuántos hablantes de véneto chipileño somos hoy en todo México?

²⁹ Quien desee profundizar, vea: *Bienvenidos a Val’Quirico* en <https://valquirico.com> y los tantos videos en YouTube explicando el lugar.



No lo sabemos. Esa cifra no la conocemos ni siquiera para los hablantes en el propio Chipilo (mucho menos para los hablantes que radican en otras zonas de México), ya que nadie ha realizado la labor de censarlos.

En este mismo sentido se pronuncia Galván Rodríguez (2017) al recurrir al Inegi para afirmar que en Chipilo, en 2010, había 3,493 habitantes, aunque también logró hallar una posible cifra de venetófonos en México muy inferior a la que sus hablantes suponen.

El número de hablantes de esta variante es difícil de determinar por varios factores. Primeramente, el chipileño no se encuentra en el listado de lenguas nacionales de México, por lo que sus hablantes carecen de derechos lingüísticos (al igual que otros grupos de orígenes migratorios dentro de México, como los gitanos hablantes de romaní o los menonitas hablantes de plautdietsch). Debido a esto, no existen escuelas en la comunidad que impartan educación en chipileño, lo que ha provocado una serie de problemas, como el analfabetismo en véneto y la preferencia del español sobre el chipileño. De igual forma, el véneto no es considerado en los censos poblacionales que realiza el Inegi, por lo que no existe un dato de esta institución con respecto al número de hablantes de chipileño. Sería difícil hacer un conteo por parte de la comunidad, pues es sabido que muchos chipileños han emigrado a otras zonas del País y la mayoría de ellos aún conservan la lengua, por lo que contar a los hablantes de véneto sólo en Chipilo no sería suficiente para tener una cifra real del número de hablantes en México. No obstante, Ethnologue cuenta con un dato de 2011, el cual señala la existencia de 2,500 hablantes. Es una lengua vital, pues aún es enseñada a los más jóvenes y su uso es muy cotidiano entre los chipileñoparlantes. Aun así, se puede considerarla en riesgo por su reducido número de hablantes y por la constante presión que el uso del español ejerce sobre los habitantes de Chipilo (Galván Rodríguez, 2017: 10-11).

Tres palabras que me impresionaron, inspirándome, inquietándome: tres simples palabras que, en mi sentir, resumen lo que Chipilo, su lengua y elementos culturales han sido desde 1882 hasta hoy: *suscitar un mundo*. Esas palabras provienen del párrafo final de la introducción que Sartor y Ursini escribieron en 1983: párrafo visionario y vigente a 40 años del estudio que ambos realizaron en Chipilo durante la hermandad con Segusino.

Chipilo hoy no es ya una isla, si es que alguna vez lo fue; y si en los más viejos es todavía fuerte el llamado de Italia, reforzado hace cincuenta años, por más que haya sido en modo retórico e instrumental³⁰, en los más jóvenes una lengua aprendida de los padres no basta para suscitar un mundo. Fuera de Chipilo, a pocos kilómetros, está Puebla, una enorme ciudad con sus industrias, sus escuelas, sus espejismos, diferentes de los de Chipilo, que con sus miles de vacas y sus quesos constituye la riqueza, pero también el límite insuperable dentro del cual se consume una imagen del mundo. Por esto, en su devenir, en sus potencialidades, Chipilo permanece con un capítulo abierto; y su cultura está en su vitalidad (Sartor, Ursini 1983: 11).

Ya no son tantas vacas y los quesos están al servicio del turismo. Puebla más cerca que nunca: llega ese día: cuando acabaremos como una colonia más de Puebla.

³⁰ Se refieren al periodo en que el fascismo llegó como infortunio sólo a Chipilo y a ninguna de las cinco colonias restantes, allá por 1924, traído por el entonces cónsul de Italia, Carlo Mastretta.



La distancia que antes separaba a chipileños de poblanos se ha desintegrado con modernas carreteras.

Si antes Chipilo debía defenderse del exterior, hoy debe defenderse también de algunos lugareños o incluso forasteros ambiciosos que han llegado al pueblo a hacer vida, prole, carrera política: a lucrar y apoderarse del territorio chipileño a ultranza (Nucamendi, Arellano, 2020). Son varios los proyectos inmobiliarios ante los que el pueblo ha tenido que desarrollar activismo a fin de suspenderlos. También han aparecido descendientes asimilados que sólo ven un botín en donde ni nacieron ni vivieron: especuladores inmobiliarios cuyo proyecto «ofrece reflejar el estilo de vida de las familias fundadoras de esta región del véneto, con “estilo toscano”, una combinación que se antoja complicada, dado que se trata de regiones distantes: la primera al Nororiente y la segunda en el Norte de Italia» (Vázquez, 2018, sp).

Ya no existe ese límite insuperable dentro del cual se consuma una imagen del mundo. Yo mismo escribiendo estas líneas soy prueba de ello. Sí: a muchos chipileños actuales parece seguir bastándoles esa lengua aprendida de los padres para suscitar un mundo, usando el castellano para comunicarse con los forasteros que trabajan en establos o carpinterías, sin mencionar monstruos espantosos como la penetración del narco en el pueblo; pero un castellano también para estudiar cada vez más carreras universitarias; la exogamia hoy en día está lejos de ser el fenómeno aislado de antaño. Con el mundo que esa lengua suscita es posible, me consta, escribir libros o llevar una existencia casi monolingüe en véneto aunque, del mismo modo, la lengua chipileña ya no es la única en detentar la emotividad de sus hablantes y el castellano ha dejado de ser sólo lengua funcional (Montagner Anguiano, 2003).

¿Basta o no basta esa lengua para suscitar un mundo?

La respuesta no importa mientras el pueblo siga viéndonos nacer y morir y ella nos anteceda y sobreviva, mientras se continúe hablando espontáneamente, no sabemos hasta cuándo.

Quedan aún elementos pendientes de investigación relacionados con la identidad más profunda, que también parecen haberse conservado al menos hasta cierta década y no se sabe si provenían de la colectividad o de ciertas familias, como ese hombre fallecido por la década de 1970 que, recuerdan sus descendientes, invocaba a Reitia, la diosa de los venéticos o paleovenetos, para pedir que lloviera, además de otros elementos incluso supersticiosos pero que se han perdido del todo en las colonias asimiladas lingüística y culturalmente, como la tradición oral y la historia de la brujería chipileña aún vigente en la comunidad mientras que, al preguntar en los pueblos de origen, parecen no saber ya nada al respecto.

Falta un estudio serio sobre los motivos por los que el nefasto fascismo llegó solamente a Chipilo y no a otras colonias, falta un estudio profundo sobre la identidad chipileña, posiblemente con un enfoque psicosocial que explique la hiperactividad, nerviosismo y ciertas adicciones colectivas de las que hemos ido tomando conciencia sólo por la sorpresa de los forasteros que venden cigarrillos en el pueblo como en ninguna otra zona de la provincia de Puebla, cuando ven a lugareños llevando sus bebidas alcohólicas en mano por la calle usando vasos de vidrio en vez de envases



desechables o aquellos médicos azorados ante la cantidad de antidepresivos y ansiolíticos que la comunidad consume. Cosas escuchadas por la sorpresa de quien visita Chipilo, ausentes los estudios del caso.

¿Se debe esto último a una predisposición genético-psicológica de los vénetos, al aislamiento sociocultural de una minoría que se siente en vilo o acaso será el llamado *síndrome de Ulises o síndrome del emigrante con estrés crónico y múltiple* (Achotegui, 2019-2020)?

¿La atmósfera indudablemente fúnebre y resignada que acompañó durante toda su historia a los fundadores y a sus descendientes chipileños será acaso el *duelo migratorio transgeneracional* descrito por el psiquiatra español Joseba Achotegui?

Esa atmósfera la menciona Mircea Eliade y todo chipileño la entenderá al leerla: «En la muerte, se desea reencontrar la Tierra-Madre y ser enterrado en el suelo natal» (Eliade, 1981: 87), aunque en el caso chipileño va inevitablemente seguida de un triste *pero no se pudo con ninguno de ellos*.

Y aquí cabría preguntarse si las tesis de Achotegui (2009; 2014) en cuanto al *síndrome de Ulises o síndrome del emigrante con estrés crónico y múltiple* podrían ser ampliadas de su enfoque clínico y actual al terreno de lo psicosocial y en emigraciones más antiguas, como la que nos ocupa.

De ser así, los estresores de los inmigrantes en situaciones extremas descritos por este psiquiatra, tales como el duelo por el fracaso del proyecto migratorio y la lucha por la supervivencia también habrían tenido relación con la peculiaridad de Chipilo desde su fundación hasta la actualidad.

Igualmente resulta interesante plantear lo que Achotegui (*Ibidem*) llama *duelo migratorio múltiple y transgeneracional*, con sus siete duelos: la familia y los amigos, la lengua, la cultura (costumbres, religión, valores), la tierra (paisaje, colores, olores, luminosidad), el estatus social (papeles, trabajo, vivienda, posibilidades de ascenso social), el contacto con el grupo étnico (prejuicios, xenofobia, racismo y los riesgos para la integridad física (viajes peligrosos, riesgo de expulsión, indefensión) (Achotegui, 1997-2021). Quizá valdría la pena tomar ese enfoque para hacer un estudio comparativo entre las seis colonias, pues algunos de esos duelos debieron ser comunes a todas ellas, mientras que otros se intensificaron y cronificaron sólo en Chipilo.

El duelo por la lengua se ha comenzado a sentir en Chipilo apenas unas décadas atrás, por la introducción de préstamos del castellano, por los nuevos chipileños que ya no la adquieren y por el hecho de notar que, al ser lengua de una etnia alóctona no reconocida en México, tanto ella como la cultura étnica corren posiblemente más riesgos de perderse.

Aquí cabe preguntarse, no sin inquietud, cómo será esta pérdida lingüística, de darse, pues, como se ha mostrado en este escrito, el fenómeno de conservación lingüística ahí ocurrido sobrepasa con mucho lo previsto por los lingüistas que han establecido un arco temporal de tres generaciones para la extinción o muerte de una lengua minoritaria de inmigración. Hoy en día Chipilo tiene a su quinta y sexta generaciones de hablantes, aun niños, y la comunidad ya no está en los tiempos donde quienes la hablaron en principio no sabían que eso era un patrimonio cultural, intangible, valioso; hoy cualquier chipileño, por



poco escolarizado que esté, sabe que su lengua vale, que interesa, pues ve los reportajes, documentales y estudios que se realizan con cada vez mayor frecuencia en su pueblo o al menos sabe de ello.

Asimismo, hoy los chipileños también cuentan con el espejo de lo que son, anhelan, poseen, enarbolan y aparentan los descendientes de las otras comunidades fundadas, y pueden decidir si desean convertirse o no en eso. De manera colectiva, tanto chipileños cultos como incultos conocen el significado de haber mantenido por más de un siglo esa lengua y demás elementos culturales que les han sido heredados. Pase lo que pase, la decisión final de continuar con ello, ya sea de modo espontáneo, de ser posible, o fortaleciéndolo con políticas por sus derechos lingüísticos asentados en la Unesco e instituciones gubernamentales mexicanas, recaerá siempre y sólo en la colectividad, así como fue desde lo colectivo que tal fenómeno surgió. No es posible saber qué consecuencias psicosociales acarrearía a estas alturas dejar que tal patrimonio se pierda.

¿Acaso viene una liberación del estigma de ser chipileño o una culpa colectiva?

El duelo por el estatus social, que debió elaborarse rápidamente en colonias como la Manuel González donde de agricultores pobres pasaron a ser cafecultores exitosos que en 1887, por motivaciones socioeconómicas entendibles, pidieron nacionalizarse mexicanos, mientras que en la Fernández Leal parecieron pasar de lo que eran en sus pueblos de origen a una condición aun peor, pues siguieron empobrecidos pero en una nación extranjera y tuvieron que convertirse en braceros fuera de su colonia durante años a fin de lograr la mera supervivencia.

En cuanto al duelo por la tierra y el paisaje, resulta interesante notar cómo las dos únicas colonias que permanecen se oponen tanto en este punto.

Los colonos de la Manuel González sufrieron una modificación paisajístico-climática menos traumática que los de la Fernández Leal, ubicados en una absoluta llanura con clima templado, escasa flora y fauna comparada con la de sus lugares de origen y también con la de los municipios de Zentla y localidades como Zocapa del Rosario y el municipio de Huatusco que forman a la Manuel González.

Si hubo un hombre que dedicó su vida a explorar las relaciones entre paisaje, lengua y cultura, este fue el poeta véneto Andrea Zanzotto, originario de Pieve di Soligo, pueblo cercano a los natales de los fundadores de Chipilo. Ante el planteamiento de si consideraba que este radical cambio de paisaje pudo haber impactado también para que los colonos de la Fernández Leal mantuvieran su identidad y lengua, Zanzotto escuchó atentamente y respondió que sí era posible (entrevista del autor a Andrea Zanzotto audiograbada en véneto el 14 de junio de 2010 en Pieve di Soligo).

Uno de los primeros duelos de la comunidad – acaso un mito fundacional y funcional – es el que indica, por tradición oral, que el vapor Atlántico, propiedad de Dufour y Bruzzo, llegado en septiembre de 1882 *se hundió en el puerto de Veracruz tan pronto desembarcaron* (Sartor, Ursini, 1983), aunque el historiador de Chipilo asegura que esto no fue así y que el vapor siguió funcionando (Zago Bronca, 2007). Comoquiera que haya sido, lo interesante radica en el relato de ese hundimiento: una manera de desalentar la esperanza colectiva de volver a la tierra natal con vistas a hacer que los



colonos se aplicaran a la realidad por adversa que fuese, al menos en la parte inicial inmediata de la fundación de la colonia (Montagner Anguiano, 2003).

¿Son esa atmósfera y esos duelos lo que el autor ha descrito como *urlada* (alarido en véneto) y que consistiría en la sensación, por así decirlo, psico-sonora, de una *urlada* colectiva que algunos todavía llegamos a percibir incluso en la propia entonación y ciertas inflexiones tanto del véneto como del español chipileño?

No se trata de un sonido concreto o una psicofonía, aunque no falta quien lo describe con tintes cuasi paranormales, sino de algo muy complejo, entre abstracto y concreto, un eco colectivo que los chipileños sabemos distinguir.

Algunos coetáneos del autor han comentado esta sensación tras leer el libro de varia invención *Ancora fon ora* (Montagner Anguiano, 2011) que reúne una novela, relatos y poemas en véneto. Las partes que mencionan este alarido son, traducidas literalmente:

Todo lo que gritaron a escondidas nuestros abuelos y padres, lo que gritamos nosotros y también nuestros hijos. En Chipilo todavía puedo oír el alarido que hicimos. ¡Fue un alarido de más de un siglo!» (Montagner Anguiano: 163)

y

Bajo la luna que era de los vivos y de los muertos de cualquier siglo [...] pensaba, sabía que un alma aún no nacida se acordaba de él tras la ventana del tiempo [...]; casi era un alarido esta sospecha, esta seguridad, como sentir que se tenía abuelos nunca nacidos. Así era este lazo que lo mezclaba con una tarde y un lugar quizá justo de su pueblo, pero de otro tiempo (*Ivi*: 265).

Entre los chipileños que han comentado algo sobre la *urlada*, una de ellas, Amparo Mazzocco, en conversación informal con el autor, ha calificado a los chipileños nacidos en la década de 1970 como *la generación del dolor*, argumentando que las generaciones de décadas anteriores no conocieron el actual Chipilo – desordenado, caótico, víctima de la urbanización salvaje y con la lengua véneta ya mostrando visos de decadencia –, mientras que los nacidos en décadas más recientes sólo conocen este nuevo Chipilo que para los de la posible *generación del dolor* es ya aquel tan temido e indeseado porque vivieron en carne propia las últimas etapas del Chipilo *de na olta* (*de antes*). Amparo también habla de que Chipilo es *el único agujero que tenemos en este mundo* y que, de perderlo, no habrá ya dónde refugiarnos.

Alfredo Dossetti, en cambio, lo describió a petición del autor.

Es un alarido, un llamado que se convierte en oraciones o cantos perceptibles en el viento, en los rincones de Chipilo; son siempre de dolor, lamentos sin identificar aún exactamente qué piden o adónde quieren llevarnos. Y siempre son en véneto, a veces palabras que no puedo distinguir por estar todas juntas, en muchas voces superpuestas pero siempre en véneto (Alfredo Dossetti, 30 de agosto de 2021).

Otros lugareños oscilan entre describirlo como algo sobrehumano o quizá lo que, de vuelta con Eliade, tanto nuestros antepasados fundadores como nosotros, pese a ser



mexicanos pero pertenecientes a una etnia con una lengua propia, hemos perdido: la autoctonía.

Incluso entre los europeos de hoy día perdura el sentimiento oscuro de una solidaridad mística con la tierra natal. Es la experiencia religiosa de la autoctonía: los hombres se sienten «gentes del lugar», y es este un sentimiento de estructura cósmica que sobrepasa con mucho el de la solidaridad familiar y ancestral (Eliade, 1981: 87).

En todo caso, llama la atención del autor que Eliade asocie en una misma página lo que se ha discutido aquí: la autoctonía y el deseo de ser sepultado en la tierra natal:

Y las inscripciones sepulcrales romanas delatan el temor de tener las propias cenizas enterradas en suelo foráneo y, sobre todo, el gozo de reintegrarlas a la patria: *hic natus hic situs est* (CXLIX, v, 5595: «Aquí nació, aquí fue depositado»); *hic situs est patriae* (viii, 2885); *hic quo natus fuerat optans erat illo reverti* (v. 1703: «Allí donde nació, allí ha deseado regresar») (Eliade, 1981: 87).

La aloctonía en vilo de los chipileños está lejos de estabilizarse, si es que esto llega a ocurrir, por todo lo que los constituye y que es rechazado mayoritariamente en la nación donde han nacido.

Un caso si se quiere inverosímil pero que fue vivido de modo dramático por los chipileños de la época sucedió cuando en San Gregorio Atzompa, cabecera municipal de Chipilo, se supo sobre los festejos que se realizarían en 1982 para el centenario del pueblo. El autor, que por esas fechas tenía 7 años de edad, recuerda aquella tarde en que Martín, el niño de ese pueblo que trabajaba en el establo familiar, contó cómo varios grupos de atzompences habían paseado por las calles de Chipilo para elegir la casa en la que vivirían *cuando los chipileños fueran devueltos a sus pueblos en Italia*, una vez terminadas las celebraciones por la fundación.

Ese hombre que ordeñaba, el padre del autor, se levantó perplejo y pidió a Martín que repitiera sus palabras. Al convencerse de que había escuchado bien, su reacción fue desmedida, rayana en la furia y la desesperación. Martín dio detalles del número de atzompences hurgando el pueblo y también de las casas ya elegidas. Un pueblo fantasma: eso iba a ser Chipilo tras cumplir su misión de cien años en México, según la concepción de los habitantes de la cabecera municipal. Pueblo vacío de lugareños, porque las casas, establos y comercios quedarían en pie, con todo su patrimonio.

El episodio es ambiguo y, por supuesto, no se concretó, pero fue comentado por la comunidad. Muchos lo tomaron como un mito; otros estaban preocupados al grado que no faltó quien recordara la época de la Revolución, cuando Chipilo logró repeler el ataque de zapatistas numéricamente superiores.

Comoquiera que haya sido, el asunto evidencia la fragilidad de esa aloctonía tanto en la concepción de los habitantes de pueblos aledaños como en la de los propios chipileños. Resulta triste admitir que los chipileños jamás han dejado de ser refugiados ante los ojos de un México que, al ignorar su propia historia nacional, desconoce la minoritaria de los demás.



Mas el mito y la ficción suelen mostrar aquello que el rigor histórico rara vez se permite registrar.

Este peregrino episodio, como tantos otros que los chipileños viven en el mismo sentido quizás a diario, condensa aquella horripilante sensación: como si las nueve dimensiones de Sloterdijk y el síndrome de Ulises juntos se cimbraran rebobinando el uterotopo y los 35 años en que los fundadores no sabían si permanecerían en el pueblo fertilizado a mano, con cada *sguazha* o bosta casi atesorada en veloces palas, carretillas y carretas – porque es verdad: Chipilo se fundó sobre el estiércol y de él ha vivido en mayor o menor medida hasta hoy – o si tendrían que volver a su siempre anhelada tierra natal. Como si fuera necesario recomenzar *ad nauseam* un duelo que nunca acabó de elaborarse.

Desde esta realidad psíquica alóctona es viable asegurar entonces que los fundadores de Chipilo jamás e-migraron ni in-migraron, que nunca lo harán, que lo hicieron infinitas veces o que lo están haciendo apenas hoy, tan endógenos por exógenos, todavía tatuados en el alma con ese irreal pero contundente fonotopo *tu sé qua ma no tu sé qua no* (estás acá pero no estás acá) que, como *urlada* o alarido por la simple presencia de esas palabras insólitas acá pero originarias sólo *qua*, siempre transmitieron los antepasados sin fallar un solo día en 139 años, usando una koiné de variedades ya no lingüísticas sino ontológicas.

Quizá el barco que trajo a los fundadores de Chipilo sí se hundió, mas no en el mar.

Referencias bibliográficas / References

- Achotegui J., *12 características específicas del estrés y el duelo migratorio*, Ediciones El mundo de la mente, Barcelona, 2014.
- Achotegui J., *El duelo por la lengua en el síndrome de Ulises*, Centro virtual Cervantes, Instituto Cervantes, 1997-2021, en <https://cvc.cervantes.es/lengua/tices/achotegui.htm>, consultado el 30 de agosto de 2021.
- Achotegui J., *El síndrome de Ulises*, Ediciones El mundo de la mente, Barcelona, 2009.
- Archivio della Curia vescovile di Padova, Segusino, *Registro degli atti di matrimonio/morte/nascite*, anni 1815-1866.
- Archivio di Stato di Avellino, *Fondo stato civile di Avellino (1809-1970)*, en <https://www.antenati.san.beniculturali.it/archivio/archivio-di-stato-di-avellino/>, consultado el 19 de abril de 2019 para Luogosano y Sant'Angelo all'Esca.
- Archivio di Stato di Belluno, *Fondo stato civile napoleonico di Belluno (1806-1815)*, en <https://www.antenati.san.beniculturali.it/archivio/archivio-di-stato-di-belluno/>, consultado desde el 24 de junio de 2015 en repetidas ocasiones para diversos municipios y hasta la actualidad.
- Archivio di Stato di Genova, *Serie dei registri dello Stato civile di epoca postunitaria versati dal Tribunale di Genova e dal Tribunale di Chiavari (1866-1915)*, en <https://www.antenati.san.beniculturali.it/archivio/archivio-di-stato-di-genova-2/>, consultado en especial para Génova el 19 de julio de 2020.



- Archivio di Stato di Mantova, *Stato civile italiano, 1866-1871*, en <https://www.antenati.san.beniculturali.it/archivio/archivio-di-stato-di-mantova/>, consultado desde el 24 de abril de 2015.
- Archivio di Stato di Treviso, *Fondo stato civile napoleonico (1806-1815)*, en <https://www.antenati.san.beniculturali.it/archivio/archivio-di-stato-di-treviso/>, consultado desde el 18 de abril de 2017 en repetidas ocasiones para diversos municipios y hasta la actualidad.
- Archivo de la Parroquia de la Inmaculada Concepción, Chipilo, *Registros de bautismo 1913-1950*, registros de matrimonio 1915-1950, registros de defunciones y entierros 1915-1944, 1948-1971.
- Archivo histórico de Chipilo.
- Archivo histórico de terrenos nacionales de México, *Grupo documental colonias, Colonia Porfirio Díaz, Expediente B*.
- Astillero J., *Tenoch, Navarrete y Solís. Racismo y clasismo. ¿Hay racismo a la inversa? ¿Qué significa whitexican?*, programa de YouTube del periodista Julio Astillero, 5 jun 2020, en https://www.youtube.com/watch?v=mYZqj_CSo5c&t=2566s, a partir del minuto 41:38, consultado el día de su publicación.
- Balderas O., *Ser güerito sale caro: así es la selección de genes en las clínicas de fertilidad en México*, «Vice News», 11 de julio de 2017, en <https://www.vice.com/es/article/vbkv48/ser-guerito-sale-caro-asi-es-la-seleccion-de-genes-en-las-clnicas-de-fertilidad-en-mexico>, consultado el 5 de junio de 2020.
- Belluno, Veneto, Italia: *Registri di stato civile, 1871-1938*, *Ancestry.it*, en <https://www.ancestry.it/search/collections/1896/>, consultado desde el 11 de mayo de 2014 en repetidas ocasiones para diversos municipios y hasta la actualidad.
- Blancas Martínez E.N., *Municipalización en México. Formación de campos de lucha municipal en el neoliberalismo*, en Blancas Martínez E.N. (ed.), en *Municipalización en América Latina. Perspectivas de análisis y experiencias*, Universidad autónoma del estado de Hidalgo, Pachuca, Hidalgo, México, 2011.
- Brunelli M., *Chipilo. El Vèneto in Mèxico*, «Venetovogue», sección Fora la lèngua, Cultura veneta, gennaio/febbraio, 1, 2018.
- Censo general de la colonia Fernández Leal, 2 de agosto 1895.
- Censo general del pueblo de San Francisco Javier Mina, 28 de octubre de 1900.
- Consiglio comunale, *Verbale della delibera*, Comune di Segusino, 16 agosto 1982.
- De La Madrid R., *En Chipilo, la tradición del Sábado de Gloria se vuelve agresión desmedida*, «La Jornada Nacional», domingo 31 de marzo de 2002, en <https://www.jornada.com.mx/2002/03/31/07an1esp.php?printver=1>, consultado el mismo día de su aparición.
- De Vos J., *Una legislación de graves consecuencias. El acaparamiento de tierras baldías en México, con el pretexto de colonización, 1821-1910*, en Menegus Bornemann M. (comp.), *Problemas agrarios y propiedad en México, siglos XVIII y XIX*, Lecturas de historia mexicana, El Colegio de México, México, 1995, pp.227-264.



- Eliade M., *Lo sagrado y lo profano*, Guadarrama, colección Punto Omega, Barcelona, 1981.
- Fontano Patán F., *La colonia Manuel González. Un éxito dentro de un proyecto fallido*, Editora de gobierno del Estado de Veracruz, México, 2016.
- Galván Rodríguez J.J., *Cláusulas relativas en el véneto de Chipilo*, Tesis de licenciatura en lingüística, Escuela nacional de antropología e historia, Inah, Sep, Ciudad de México, 2017.
- García G., *Edil de San Gregorio dice que hay acuerdo limítrofe con San Andrés*, en e-consulta.com, 28 de agosto de 2017, <https://www.e-consulta.com/nota/2017-08-28/ciudad/edil-de-san-gregorio-dice-que-hay-acuerdo-limitrofe-con-san-andres>, 28 de agosto de 2017, consultado el mismo día.
- Inali, *Catálogo de las lenguas indígenas nacionales. Variantes lingüísticas de México con sus autodenominaciones y referencias geoestadísticas*, 9. Notas y apéndices, Nota 1. Elementos incluidos y no incluidos en el presente Catálogo, Gobierno de México, «Diario Oficial de la Federación», Tercera sección, 69, 14 de enero de 2008.
- Infobae, *Qué es un “whitexican” y por qué calificaron así a la pareja que tomó foto a niño pidiendo dinero en Guadalajara*, 8 de julio de 2021, en <https://www.infobae.com/america/mexico/2021/07/08/que-es-un-whitexican-y-por-que-calificaron-asi-a-la-pareja-que-tomo-foto-a-nino-pidiendo-dinero-en-guadalajara/>, consultado el 16 de julio de 2021.
- Italia, Padova, Stato civile (Tribunale), 1871-1929, Images, *FamilySearch*, en <http://FamilySearch.org>, 14 June 2016, Tribunale di Padova, consultado desde el 12 de enero de 2018 sobre todo para los municipios de Megliadino San Vitale y Campodoro.
- Italy, Treviso, Civil Registration (Tribunale), 1871-1941, *FamilySearch*, en <https://www.familysearch.org/search/collection/1947831>, consultado desde el 23 de abril de 2014 en repetidas ocasiones, para diversos municipios y hasta la actualidad.
- Machuca J., *Chipilo exige que le den rango de municipio libre*, en «Milenio Diario», <http://impreso.milenio.com>, 21 de abril de 2010, consultado el 21 de abril de 2010.
- MacKay C.J., *Il dialetto veneto di Segusino e Chipilo*, Grafiche Antiga, Cornuda (Treviso), 2002.
- Martínez Rodríguez M., *Colonizzazione al messico! Las colonias agrícolas de italianos en México, 1810-1910*, Colección Investigaciones, El Colegio de San Luis, México, 2013.
- Medina De Santiago D., *La fundación de la colonia Fernández Leal en el estado de Puebla, 1882-1886*, tesis de licenciatura en historia, Instituto de investigaciones dr. José María Luis Mora, México, D.F., 2013.
- Meo Zilio G., *Lingue in contatto. Interferenze fra veneto e spagnolo in Messico*, en Meo Zilio G. (ed.), *Presenza, lingua, cultura e tradizioni dei veneti nel mondo. Parte I: America Latina (prime inchieste e documenti)*, Regione Veneto e Centro interuniversitario di studi veneti, Venezia, 1987, pp.237-263.
- Mexico, Distrito Federal, Catholic Church Records, 1514-1970, *FamilySearch*, en <https://www.familysearch.org/search/image/index?owc=https://www.familysearch.or>



- g/service/cds/recapi/collections/1615259/waypoints en especial para San Cosme y San Damián y San Gabriel Arcángel (Tacuba), consultado desde el 6 de abril de 2015.
- Mexico, Distrito Federal, Civil Registration, 1832-2005, *FamilySearch*, en <https://www.familysearch.org/search/image/index?owc=https://www.familysearch.org/service/cds/recapi/collections/1923424/waypoints>, en especial Azcapotzalco, Ciudad de México, Tacuba y Tlalpan, consultado desde el 6 de abril de 2015.
- Mexico, Puebla, Catholic Church Records, 1545-1977, *FamilySearch*, en <https://www.familysearch.org/search/collection/list?qqs=puebla>, sobre todo para los municipios de Santa Isabel Cholula, San Andrés Cholula y San Pedro Cholula, consultado desde el 27 de abril de 2014.
- Mexico, Puebla, Civil Registration, 1861-1930, *FamilySearch*, en <https://www.familysearch.org/search/collection/list?qqs=puebla> sobre todo para los municipios de Santa Isabel Cholula, San Andrés Cholula y San Gregorio Atzompa, consultado desde el 27 de abril de 2014.
- Mexico, San Luis Potosí, Catholic Church Records, 1586-1977, *FamilySearch*, en <https://www.familysearch.org/search/image/index?owc=https://www.familysearch.org/service/cds/recapi/collections/1860864/waypoints>, en especial Cerritos y Ciudad del Maíz, consultado desde el 29 de marzo de 2016.
- Mexico, San Luis Potosí, Civil Registration, 1859-2000, *FamilySearch*, en <https://www.familysearch.org/search/image/index?owc=https://www.familysearch.org/service/cds/recapi/collections/1916239/waypoints>, en especial Cerritos y Ciudad del Maíz, consultado desde el 29 de marzo de 2016.
- Mexico, Veracruz, Catholic Church Records, 1590-1978, *FamilySearch*, en <https://www.familysearch.org/search/collection/list?qqs=veracruz>, en especial para Huatusco de Chicuellar y Tenango de Río Blanco, consultado desde el 18 de febrero de 2018.
- Mexico, Veracruz, Civil Registration, 1821-1949, *FamilySearch*, en <https://www.familysearch.org/search/collection/list?qqs=veracruz>, sobre todo para Huatusco, Tenango de Río Blanco y Zentla, consultado desde el 18 de febrero de 2018.
- Montagner Anguiano E., *Chipilo: etnia, lengua, cultura e ideología véneta en México*, en Masferrer Kan E. (ed.), *Etnografía del estado de Puebla*, Secretaría de cultura del Estado de Puebla, 2003, pp.140-153.
- Montagner Anguiano E. (coord.), *Parlar par véneto, viver a Mésico*, Conaculta, Pacmyc, Secretaría de cultura, Puebla, 2005.
- Montagner Anguiano E., *Funcionalismo contra connotación gráfica en la escritura del véneto de Chipilo (Correspondencias fonema-grafema)*, licenciatura coescrita con Ana María González Hernández, Benemérita Universidad de Puebla, 2006.
- Montagner Anguiano E., *Lucciole nella valle d'un bosco*, «Il Tornado, Periodico di attualità dei comuni di Alano di Piave, Quero, Vas, Segusino», XXXI, 564, 2010, pp.14-15.
- Montagner Anguiano E., *Ancora fon ora*, Unidad regional Puebla de culturas populares, Conaculta, Secretaría de cultura de Puebla, Puebla, México, 2011.



- Montagner Anguiano E., *Nacer chipileño*, «Vidas al Margen. Dossier. Revista de la Universidad de México», abril de 2018, pp.86-91.
- Montero Flores C., *Los whitexicans y el racismo inverso*, «¡Goooya!», 2, 2021, en <https://puedjs.unam.mx/goooya/los-whitexicans-y-el-racismo-inverso/>, consultado el 1 de octubre de 2021.
- Moseley C. (ed.), *Atlas de las lenguas del mundo en peligro*, 3^{ra} edición, Unesco, París,, 2010, en <http://www.unesco.org/culture/en/endangeredlanguages/atlas>, consultado el 12 de febrero de 2021.
- Navarrete^a F., *El mestizo mexicano quiere ser lo más blanco posible*, «El País Cultura», 27 de junio de 2017, en https://elpais.com/cultura/2017/06/23/actualidad/1498245328_147788.html, consultado el día de su publicación.
- Navarrete^b F., *El racismo en México se origina en el mestizaje y se detona en la familia: académico de la Unam*, «Boletín Unam-Dgcs», 519, 12 de agosto de 2017, en https://www.dgcs.unam.mx/boletin/bdboletin/2017_519.html, consultado el 12 de mayo de 2021.
- Nucamendi M., Arellano M., *Temalaca, el predio que iba a ser vivienda social y hoy es patrimonio de un ex funcionario*, Lado B, 3 de noviembre, 2020, en <https://www.ladobe.com.mx/temalaca-predio-que-iba-a-ser-vivienda-social-hoy-es-patrimonio-de-ex-funcionario/?fbclid=iwar0o2b45xbwepjbujd-aesonuxfflrmdpjojd8d67njzni4ipgybz1iilu>, consultado el 3 de noviembre de 2020.
- Ortiz Pinchetti J.A., *Nuestro racismo: afrontarlo para superarlo*, «La Jornada Nacional», 19 de abril de 1998, en <https://www.jornada.com.mx/1998/04/19/pinchetti.html>, consultado el 7 de enero de 2003.
- Pérez Valencia R., *La discriminación causa la pérdida de lenguas Indígenas, La lingüista Yásnaya Elena Aguilar Gil dictó una conferencia en lengua mixe*, «Vértigo Político», 24 mayo 2019, en <https://www.vertigopolitico.com/politica/ife/la-discriminacion-cause-la-perdida-de-lenguas-indigenas>, consultado el 23 de mayo de 2021.
- Pitol S., *El arte de la fuga*, Ediciones Era, México, 1999.
- Poniatowska E., *La piel del cielo*, Alfaguara, Premio Alfaguara de novela 2001, México, 2001.
- Pro loco Segusino, *La storia*, en <http://www.prolocosegusino.it/index.php/storia/storia>, consultado el 2 de julio de 2021.
- RacismoMX, 4/10. *El racismo inverso no existe*, Decálogo RacismoMX, 2020, en <https://racismo.mx/infografías>, consultado el 1 de octubre de 2021.
- Redazione Abm, 151. *È mancato Sergio Pitòl Demeghi, scrittore messicano di fama internazionale con profonde radici bellunesi*, en <https://www.bellunesinelmondo.it/151-e-mancato-sergio-pitol-demeghi-scrittore-messicano-di-fama-internazionale-con-profonde-radici-bellunesi/>, consultado el 4 de junio de 2021.
- Reyes Kipp A.C., *“Un arroz negro entre los blancos”*. *Etnicidad, tierra y poder en Chipilo, Puebla*, tesis profesional, Licenciatura en antropología cultural, Universidad de las Américas Puebla, 23 de septiembre de 2005.



- Sánchez K., *Entrevista a Yásnaya Elena A. Gil. “La lengua tiene una carga política”*, «Letras Libres», 1 marzo 2021, en <https://letraslibres.com/revista/entrevista-a-yasnaya-elena-a-gil-la-lengua-tiene-una-carga-politica/>, consultado el 5 de marzo de 2021.
- Sartor M., Ursini F., *Cent’anni di emigrazione. Una comunità veneta sugli altipiani del Messico*, Grafiche Antiga, Crocetta del Montello, 1983.
- Sbrighi L., *El aumento de las uniones mixtas en Chipilo, México: actitudes y percepción identitaria en una comunidad inmigrante de origen italiano*, en «Cuadernos Aispi», 12, 2018, pp.191-213.
- Sloterdijk P., *Esferas III*, Siruela, España, 2009.
- Tommasi R., Zilli Manica J.B., *Messico. La tierra prometida. La colonia italiana “Diez Gutiérrez” trentino-tirolese (1882-)*, Provincia autonoma di Trento, Trento, 2007.
- Tommasi R., Zilli Manica J.B., *Tierra y libertad. La emigración trentina hacia México*, Provincia autonoma di Trento, Trento, 2001, Xalapa, 2006.
- Tuttitalia.it, *Statistiche demografiche. Censimenti popolazione Segusino 1871-2011*, 2011, en <https://www.tuttitalia.it/veneto/35-segusino/statistiche/censimenti-popolazione/>, consultado el 7 de octubre de 2021.
- Ursini F., *Emigrazione e lingua: il veneto in Messico*, en Meo Zilio G. (ed.), *Presenza, lingua, cultura e tradizioni dei veneti nel mondo. Parte I. America Latina (prime inchieste e documenti)*, Regione Veneto e Centro interuniversitario di studi veneti, Venezia, 1987, pp.265-277.
- Vázquez Castillo J.L., *Chipilo. Los primeros años (1882-1910)*, tesis para obtener el grado de licenciado en historia, Benemérita universidad autónoma de Puebla, 2007.
- Vázquez R., *Instalación de fraccionamiento en Chipilo amenaza ambiente y servicios públicos*, «Exclusivas Puebla», 5 marzo, 2018, en <https://www.exclusivaspuebla.com.mx/instalacion-de-fraccionamiento-en-chipilo-amenaza-ambiente-y-servicios-publicos/?amp=1>, consultado el 7 de octubre de 2021.
- Zago Bronca J.A., *Los cuah’tararame de Chipíloc*, Edición de autor, Puebla, 2007.
- Zago Bronca J.A., *Los vénetos. Raíces de un pueblo mexicano*, edición de autor, Puebla, México, 2006.
- Zilli Manica J.B., *¡Llegan los colonos! La prensa de Italia y de México sobre la migración del siglo XIX*, Ediciones Punto y Aparte, Xalapa, 1989.
- Zilli Manica J.B., *Italianos en México*, Ediciones Concilio, Xalapa, 2002.

Recibido: 30/10/2021

Aceptado: 30/12/2021

